

# El Ruedo



2

Pras.

... SUPLEMENTO ... TAURINO ... SE ... AN ... AL ... DE ... MAR ...



Un quite a un monosabio  
(Dibujo de Enrique Segura)



Arruza con las orejas y rabo que se le otorgaron



Pepe Bienvenida saluda al público, que le concedió las orejas y el rabo



Alvaro Domecq también cortó las orejas y el rabo de su enemigo



Manolete fué otro de los que cortaron orejas y rabo en Murcia

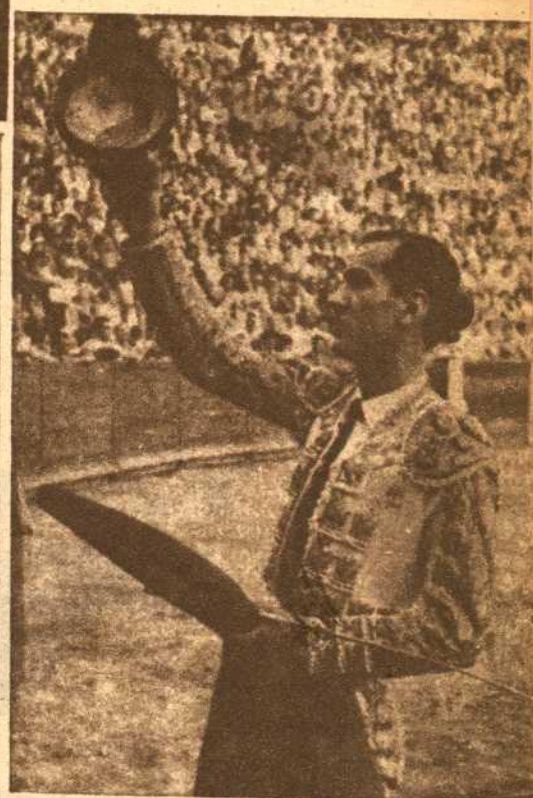
# EN ESTE NUMERO: REPORTAJE GRAFICO DE LAS CORRIDAS DE LA FERIA DE MURCIA



El cordobés entre barreras durante las corridas de feria



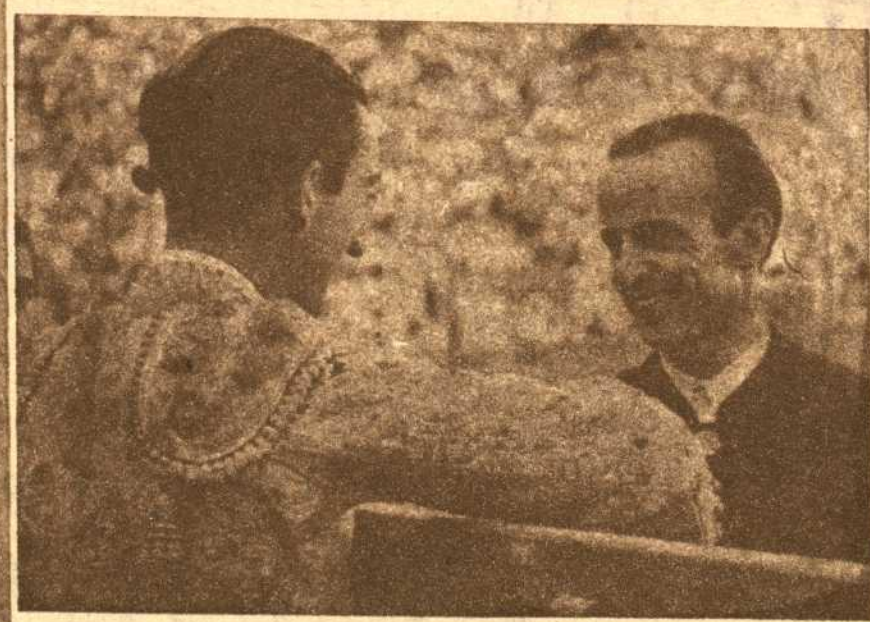
Manolete y Pepe Bienvenida siguen la corrida desde el callejón



El mejicano Arruza brinda la muerte de su primero



Simao da Veiga saluda a Domecq, que asiste a la corrida Arruza, Parrita y Manolete dispuestos para hacer el paseillo



Manolete y Domecq conversan durante la corrida Arruza y Manolete durante la corrida en que tomaron parte



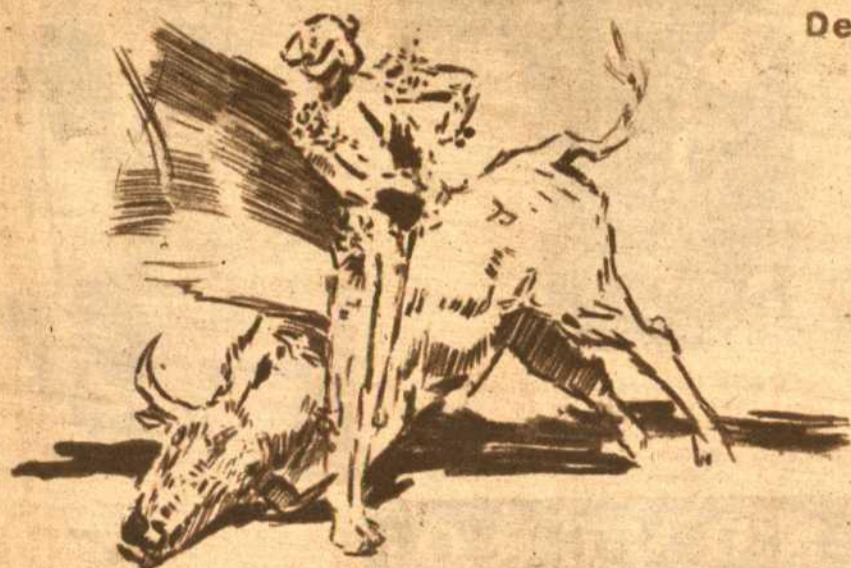
El caballero portugués Simao da Veiga antes de salir al ruedo Manolete, Arruza y Pepe Bienvenida antes de dar comienzo a la corrida (Fots. López)



# EL LAPIZ EN LOS TOROS

De la corrida del domingo, en Madrid

Por ANTONIO CASERO



Media verónica de Liceaga con el becerro rendido y a sus pies...



Un natural de Cobeleda en su primer toro, el único que se salvó de la protesta



¡No hay derecho a que salga al ruedo de Madrid una chota como esa!



La protesta se hace no acudiendo nadie a las Plazas; a ver si así...

ANTONIO CASERO \*



# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

## PREGON DE TOPOS

Por JUAN LEÓN



**E**STA semana ha comenzado la gran traca final de la temporada. Luego vendrán otras, pero más cortas. Esta de ahora, con las ferias de Albacete, Salamanca y Valladolid, es el apogeo del ocaso de la temporada. Es el momento en que el verano acaba y las corridas que restan hasta el final se celebran ya con otoñales luces lívidas y doradas. En ellas se echan de menos los soles tórridos de julio y agosto y se añora la feria valenciana.

Estas tres ferias son, como si dijéramos, la apoteosis del ocaso. Luego hay unas luces de bengala, unos refulgentes cohetes voladores y, de pronto, la

oscuridad de la noche más palpable: el invierno.

Los pirotécnicos empresarios de las tres ferias mencionadas han agotado todas las combinaciones posibles de éxito en una sucesión de corridas, en lo que nos parece lo más difícil el transporte de diestros de Albacete a Salamanca, y viceversa. Pero suponiendo que esto saldrá bien, sin accidentes automovilísticos, y que también *saldrán bien* los diestros, queda por saber cómo saldrán los ochenta y cuatro toros que van a lidiarse.

¿Van a ser ochenta y cuatro toros o, según el porcentaje fijado por un famoso ganadero en estas mismas páginas, sólo unos veinticinco serán toros y cincuenta y nueve serán novillos? La verdad es que la incógnita planteada la despejaría un niño diciendo: «Ni veinticinco, ni diez, ni cinco, ni ninguno. Los ochenta y cuatro serán novillos, y no pocos ni siquiera llegarán a eso.»

No ha sido muy buena la temporada que caduca, ésta cuya traca final ha comenzado a dispararse. Traca final con la misma tónica de las primeras: toros chicos, toreros grandes y precios disparatados. Luego, Plazas que no se llenan y públicos decepcionados, pese al eufórico entusiasmo con que se produjeron durante los «espectáculos. Poco a poco, la meditación de los precios pagados les hacía volver iracundos sobre diestros y ganaderos, llegándolos a considerar muy por debajo de su dinero, y entonces un toro, no menor que otro que había *pasado bien*, era objeto de violentas protestas, y una faena igual a otra premiada con oreja, era silbada.

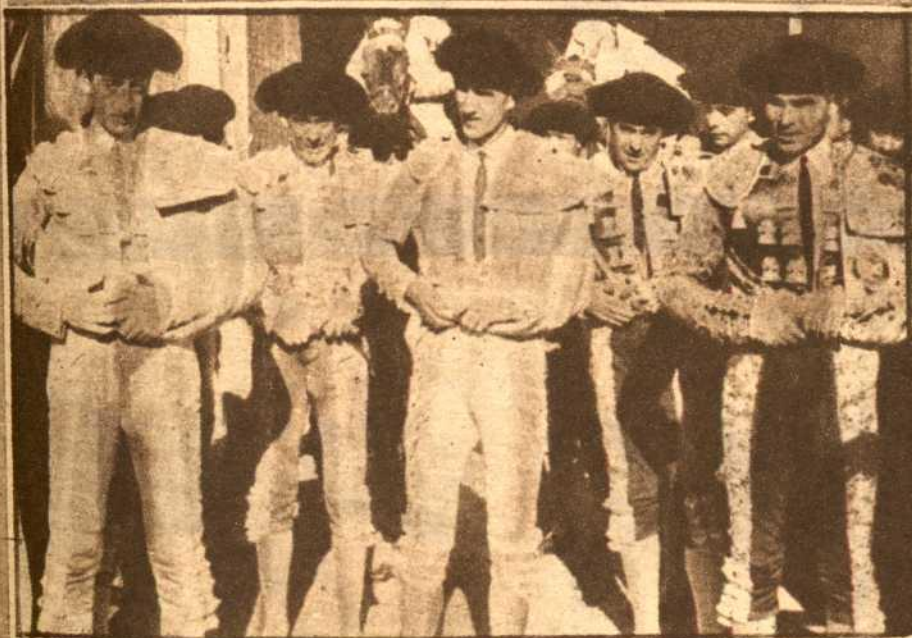
Así, en mi colección de reseñas y crónicas de esta temporada, son abundantes las acotaciones que hice al margen —una interrogación hecha con lápiz rojo—, porque no he podido aún explicarme cosas como ésta, correspondiente a una corrida de hace unos días: «El toro está hecho un marmolillo. Fulanito le porfía muy cerca, logrando tres ayudados por alto muy buenos. Con la muleta en la izquierda, y cruzándose con el toro hasta lo inverosímil, da seis naturales ceñidísimos. Más faena buena y de adorno con la derecha. Entrando bien, una estocada algo desprendida que mata. (Pitos.)»

La fidelidad del revistero a los hechos queda, a mi juicio, probada con el paréntesis final, y entonces, ¿qué pudo ocurrir para que una faena buena, casi excelente, que tuvo con el estor que un remate decoroso, fuese silbada? ¿La falta de noticias sobre el trapío del enemigo me hacen suponer que era chico, y el nombre del diestro, que las entradas fueron caras. Una y otra cosa, sobre todo lo llovido en la temporada, produjeron sin duda la explosión. Se ha abusado demasiado.

Pero esta temporada ya no puede cambiar de signo, y las ferias de Albacete, Salamanca y Valladolid nos vendrán a dar la razón. Como vendrán también con el mismo alegato la del Pilar —que se organiza, al fin, a base de diestros con un pie en los aviones o los transatlánticos— y las demás pequeñas ferias de una o dos corridas de que está esmaltado el otoño.

¿Ha escarmentado alguien del resultado? Sí, según dicen los empresarios. Quedó dicho en un «pregón» que ellos tenían en su mano la solución de muchos problemas, comenzando por el de poner tope a las desmesuradas ambiciones de diestros y ganaderos.

Año II -:- Madrid, 13 de septiembre de 1945 -:- Núm. 64



### EN ESTE NÚMERO:

La primera corrida de Albacete y la primera corrida de Utiel.—En las fotos: Arriba: Manolete, Arraza y Ortega.—Abajo: Curro Caro, Valencia III y El Choni

(Fots. Baldomero y Vidal)

Información en las págs. 18, 20 y 21

# La corrida del domingo en MADRID



## Novillos de Cobaleda para Eduardo Liceaga, Manuel Perea, Boni y Luciano Cobaleda

### La semana en las Ventas

#### TOREO DE D. D. T.

Por EL CACHETERO

LA semana taurina en las Ventas no se cifra sino en un formidable escándalo, prolongado siete cuartos de hora, cara a la presidencia, esmaltado de gritos sueltos, coreados, flameo de billetes y otras lindezas. Era como el eco, a dos días fecha, de las ovaciones triunfales que en esta misma semana se oyeron en el coso toledano con Manolete y Arruza de principales actores. A mí me parecen la cara y la cruz del mismo episodio, aunque en ésta fuesen los protagonistas unos novilleros, Liceaga y Boni, «juniores», y el debutante Luciano Cobaleda, a quien sólo como copartícipe de la ganadería se trató. La bronca continuada, añadimos, se basó en las malas condiciones del «ganado», de Sánchez Cobaleda, bichejos insignificantes, sin fuerza ni poder en su mayor parte, que pedían morir, no a estoque, sino fulminados por el D. D. T. La bronca contra aquel abuso fué justísima. No se sabe si contra la presidencia también, no en cuanto a su labor en el desarrollo, pero sí en cuanto a la intervención de un mecanismo de autoridad en la organización de un festejo que el más lerdo podía prever cómo iba a deslizarse. Justísima contra la Empresa y el ganadero, en todas sus partes.

En la corrida de Toledo se lidiaron toros (?) de doscientos kilos. Para que se me entienda, digo por delante que yo no he estado remiso en loar las virtudes de Arruza o de Manolete, si las han exhibido en Madrid, porque uno es cronista de un periódico madrileño. A mí, el globo de sus triunfos de provincias, con el renglón seguido de «toros de doscientos kilos», no me sirve para el elogio en gran medida. No he ido a Aranjuez ni a Toledo, y he visto sólo fotografías. En el número anterior de este semanario aparece una de Arruza, en un pase a la espalda, que «arrucina» es llamado, con muy poca gracia. Remito a los lectores a su contemplación. En la vida se ha toreado más cerca, y esto no es exacto, porque Rafael Dutrás y Carmelo Tusquellas, con menos arte, más gracia y la misma proximidad, han banderilleado sentados y les han dado la popa a bichos pariguales. Y lo mismo digo de los pases de muleta de Manolete, no se crean ustedes.

Todo eso está tan pasado de rosca, que unos kilos de menos dan lugar al conflicto casi de orden público. Pues qué: ¿no es el canon el de los ases? Ellos son matadores de toros de máximo cartel, y ellos son los de condiciones máximas. Si lo que ellos están toreando por ahí, ante el papanatismo general, son corridas de toros, las de novillos han de ser las del domingo en Madrid, y aun menos.

Otra cosa: La de los ganaderos-toreros. Tal repulsa merecen casi todos los ganaderos actuales, que su vinculación familiar no es el mejor salvoconducto para vestirse de luces. ¿Comprende usted, Luciano Cobaleda? En tal aspecto, sólo podían aspirar a ser toreros, sin que nadie se acordase sino para elogiar su parentesco, los parientes de don Julio e Isaías Vázquez, y de pocos más.

¿Toreo «mejor que nunca»? ¡Bah! Toreo de D. D. T.

...

Escritas estas líneas, nos enteramos, con plena satisfacción, de la resolución de la Dirección General de Seguridad, relacionada con el escandaloso abuso del domingo en Madrid. Inútil decir que nos parece magnífica y llena de justicia, y que solicitamos de los aficionados su mejor aplauso para ella, en la persona del presidente del próximo festejo.



Liceaga lancea de frente por detrás



Un par de banderillas del mejicano



Eduardo Liceaga en la faena de muleta



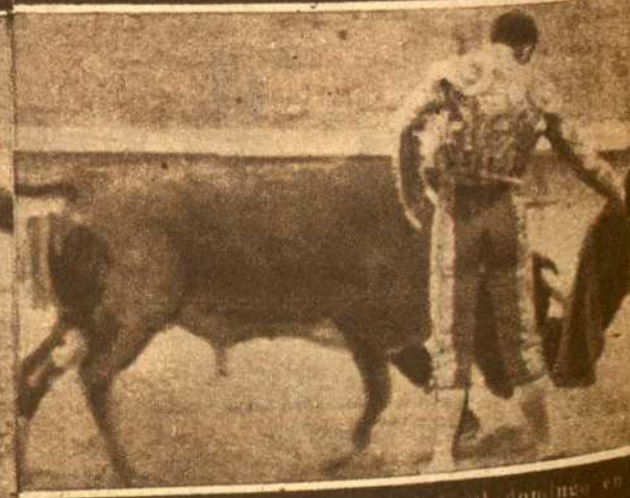
Manuel Perea torca a la verónica en uno de los quites



Un ayudado por alto de El Boni a uno de sus novillos



Cobaleda torca al natural en la corrida de su presentación



Otro pase de muleta de Cobaleda al domingo en Madrid

Los banderillos

# DESPUES DE LA CORRIDA

—En Méjico las broneas por motivos como el de esta tarde duran más tiempo— dijo Liceaga.  
—¿Qué culpa tengo yo de que el ganado fuera pequeño?— preguntaba El Boni.  
—Sugestionado el público por la igualdad de apellidos, me achacó la culpa de la insignificancia del ganado— se lamentaba Cobaleda.



Liceaga

## LICEAGA

A TRAVIESO el dintel de la puerta de la escalera, abierto de par en par. Recorro un largo pasillo sin que nadie me salga al paso y orientado por mis dos anteriores vistas doy con el dormitorio del menor de los Liceaga.

Eduardo, con ayuda de su mozo de estoques, está muy ocupado en la laboriosa tarea de desprenderse de vendas, medias y demás admiáculos de su complicado ajuar. Sonriente, como si lo que me refiere no le afectase lo más mínimo, el torero comenta:

—Cierta sector del público—acaso el más enfurecido— me llamó a gritos sbe-cerristas. ¡Pronto se olvidaron que no ha muchos días toré en el mismo ruedo toros grandes, con cuatro años corridos y cuartos por añadidura! Pero esta poca firmeza y falta de memoria de algunos espectadores es fenómeno al que todos los toreros estamos acostumbrados.

—Por lo que oigo, ¿no le ha arredrado la gairna desatada en los tendidos?

—¿Cá, no, señor! En Méjico las he presenciado de mucha

—La gente, ante la poquita fuerza de mi primero, empezó a desahogarse.

—¿Con razón o sin ella, amigo Manolo?

—Yo lo dejaría en un mitad y mitad. Razón que les sobraba si se tiene en cuenta la insignificancia de los astados. Pero, ¿es que de ello teníamos los toreros alguna culpa? Pues ya se vió que en gran parte fuimos nosotros los que tuvimos que cargar con las iras de los aficionados.

—Hablamos un poquito del mogón surgido en quinto lugar.

—Más que mogón, era un unicorne.

Al «angelito» le dió por echar las manos por delante, puntear a más y mejor y frenar en la arraneada. Llevado de mi afán de hacer algo, lo saqué a los medios y le di la única lidia que creo merecía.

—¿Quieres salir al paso de esa monotonía que algunos aficionados creen ver en ti durante el primer tercio?

Como si estuviera esperando mi pregunta, Boni, sin inmutarse, replica:

—Sé hacer quites. Me defiende bastante bien con la capa. Pero veo en la verónica el lance más torero, sin truco ni ventajas, además de ser el que a ti



Cobaleda



Uno de los becerillos lidiados en la novillada del domingo en Madrid

mayor magnitud y colosales consecuencias. Recuerdo una tarde en la Plaza de El Torero, que se armó una tremolna por idéntica causa a la de esta tarde. El público, no contento con chillar y desprenderse de todos los objetos a su alcance, se lanzó al ruedo cuando el sexto toro todavía estaba en pie. Una vez muerto, hicieron sobre él una pira con todas las almohadillas y le prendieron fuego. Y luego bailaron a su alrededor una danza sin fin.

—¡Caray, con sus compatriotas! Y hablando de otra cosa, ¿qué le han parecido sus dos toritos?

—Pues eso: toritos, con los que no pudo lucirme al ver que el respetable no había de tomar en cuenta nada de lo que con aquellos hiciera. El cuarto de la corrida apuntó al final un cierto mal estilo para acabar hecho un marmolillo completo.



El Boni

Tras una mesa ministro, Manuel Perea redacta pausadamente unos telegramas. Estamos en una sala de vastas dimensiones del domicilio del mozo de espaldas. El torero, un poco más serio que de costumbre, terminada su tarea, aproxima su silla a la mía y empieza a desgranarme su pliego de descargos.

demuestra el grado de madurez de quien lo ejecuta. Y pienso seguir así, aun cuando tuviera que renunciar al fácil aplauso.

## COBALEDA

Una primera mirada me dió la impresión de estar ante un hombre absolutamente sosogado y tranquilo. Pero le denunciaba la mirada suspensa en preocupaciones y un dejo fatigado y escéptico en todo su cuerpo. Muchos amigos le rodean y animan, pero él parece estar un poco ausente de cuanto le rodea.

Me lo llevo a un rincón y sentados ambos al borde de su cama, le invito a hablar.

—El público creyó ver en mí al culpable de lo ocurrido. Sugestionados por la similitud de mi apellido con el de la ganadería, dió en creer que yo era el ganadero y como tal el que había elegido las reses.

—Aunque un poco tarde, veamos de desenredar el entuerto.

—Mi lejano parentesco con el ganadero no llega hasta el punto de darme vela para hacer elecciones y apartados, que aunque hubieran sido toros de mi propiedad, nunca hubiera hecho. Como ocurrirá a todos los debutantes, yo vine a Madrid deseoso de conquistar al público. ¡Y no soy tan lerdo para suponer que al de Madrid se le conquista con una corrida a base de tres novillos y tres becerros!

Para demostrar que puedo con toros de otro respeto, estoy en todo momento a disposición de la Empresa madrileña. Y ésta será la única forma para que mis detractores de hoy comenciarán a rectificar su criterio.—F. MENDO

## A PUNTA DE CAPOTE

### SERIEDAD Y SONRISA DE LOS TOREROS EN LA PLAZA

Por FEDERICO OLIVER



CUANDO la sonrisa aparece en la cara, espejo del alma, es como una mariposa de luz que ilumina el rostro. Esta luz desvaneco las sombrías arrugas del ceño, brilla en los ojos e irradia en los músculos faciales la simpatía que penetra en nuestra confianza y nos inclina al amor y la amistad de la persona que nos sonríe. Es la sonrisa blanca del salvaje que se nos acerca en la

isla virgen, la del niño que ensaya su alegría, la sonrisa buena, en fin.

Pero, ¡cuidado!, que hay viles falsificadores de sonrisas. Son tantas las personas sonrisueñas que es punto menos que imposible distinguir la falsa de la verdadera. La envidia, la hipocresía, el rencor, el sarcasmo, la burla y aun la voluntad homicida, se enmascaran con sonrisas encantadoras. Y es difícil precaverse de ellas, porque hay tantos matices en la sonrisa como formas en la nariz y movimientos en el alma. Entre ellas únicamente nos merece respeto la del humorista que sabe perdonar precisamente porque sabe sonreír. En el laboratorio de la doblez humana se estudia y afila la sonrisa como arma de combate y seducción. Así el diplomático, la coqueta y el comerciante convierten la mariposa de luz que ilumina la faz en la mariposa de presa que capta nuestro albedrío. El diplomático nos tiende las sutiles redes de su dialéctica, la coqueta nos hace su víctima y el comerciante nos coloca su mercancía.

¡Y el torero, agradador también del Segismundo que los hace y los deshace, cómo sonríe? Esto es lo que hemos de examinar después de este levisimo bosquejo de la sonrisa tan humana; pero no sin detenernos un instante en la seriedad, hosquedad mejor dicho, del auténtico matador de toros, porque de ella nace por evolución la sonrisa urbana de los toreros del día.

El tipo de torero rondeño es el del matador eficaz, sin adornos ni arrequives. Su estilo neto es la sobriedad hecha carne de matador de toros. Por lo mismo se le llama *espada*, *primer espada*, y no otra cosa, porque su fin es la estocada de muerte recibiendo o al *vclapié*, único gran pretexto que explica la lidia y justifica la fiesta. Este tipo de torero, ya casi perdido, es incapaz de sonreír, porque rima con la sobria gravedad de su estilo majestuoso. Vicente Pastor, último de la gran estirpe, llevaba su seriedad de cara de palo hasta el punto de recibir del público jovial hispalense el título de *Sordao romano*. Yo no recuerdo ningún matador digno de este nombre sin una cara profundamente seria. El Espartaco, única excepción, sonreía, pero su sonrisa ingénita, inocente y rústica como la apuntada al comienzo de este artículo, era *suya*, para él y no para el público.

La gracia, la filigrana, lo alado, lo estilizado en la línea bella, son la sonrisa de las cosas; por eso he dicho en otra parte que la escuela sevillana, tesoro plástico de esas cualidades, es la sonrisa del torero, la alegría de la fiesta. Este aspecto, relativamente moderno, del arte de torrear, está en oposición con el sentido heroico del torero de a pie que crea al *primer espada*, severo como una columna dórica. El torero sonrisueño (ya no le llamo matador) es, por tanto, el producto de una estética florida, y todo lo *florido*—permítaseme otro símil arquitectural— acusa decadencia y fin del arte culminado si no se reimperta en lo robusto y radiante, órdenes precedores de lo *florido* en el estilo ojival, y precisamente acabamiento y fin de esta grandiosa arquitectura.

Pero esta sonrisa florida, reflejo de un arte gentil que inventa suertes preciosas de capa y muleta, con olvido de la sobriedad clásica, ¿es una sonrisa pura o pura sonrisa comercial? Me inclino a creer en la sinceridad de tal sonrisa cuando considero al lidiador emparedado entre el público y el toro. El torero, en resumidas cuentas, no es otra cosa que un gladiador que lucha por la vida y el público es el César de este gladiador. Pesa demasiado el público para crear la sonrisa espontánea en quien le divierte a dos dedos de la tragedia. Parece la sonrisa una verdad sólo en el triunfo del artista—el fracaso la hiela—. Entonces repican en el alma del torero todos los campaniles de su júbilo interior; pero la sonrisa que le brota, entretejida en las raíces de su orgullo, es su íntima euforia y nunca un homenaje para el público. En estos casos adivinábase en los labios de Ricardo Torres que la sonrisa se pliegaba en las comisuras con un fino sentimiento de desdén... ¿Cómo calificar entonces las sonrisas floridas de los toreros del día? Quedan apuntadas mis sospechas y el lector elegirá.

Hubo dos grandes artistas entre el período radiante que llena el último tercio del siglo XIX y el florido que gozamos ahora. Llamábanse Lagartijo y Fuentes, y a pesar del entronque de ambos con la escuela sevillana (Lagartijo se formó con el Gordito, su fu idader), ninguno de ellos sonreía. Y, sin embargo, su arte señal se cuajaba en la más grata sonrisa del espectador. ¿Por qué? Porque en ellos sonreía algo mejor que sus labios: su elegancia. ¡Y qué es la elegancia de la fama sino la sonrisa estructurada en el movimiento impecable de todo un cuerpo en línea suprema!...

## TIGRES DE BENGALA

# La personalidad de los toreros

Por JOSE CARLOS DE LUNA



ENTRE las muchas cosas que paulatinamente despopularizan al que fue más popular de los espectáculos, cuenta, sin duda alguna, la impersonalidad de los toreros, fuera de la plaza se entiende. Antes, el matador de toros y sus colaboradores en nómina, esto es, todos los que trezaban coleta, se mantuvieron toreros aun después de retirados. Con la pérdida por tijeretazo ritual del apéndice peludo, pasaba el diestro de militante a triunfante, sin que necesitemos retorcer el sentido de esta palabra para sacarle el jugo. El torero que triunfó de la muerte durante los veinte o treinta años que, profesionalmente, luchó con ella a brazo partido, que triunfó de la miseria ahorrando un puñado de onzas peluconas, y que triunfó del currutaquisimo manteniendo incólume todo lo pintoresco y personalísimo que le distinguió moral y materialmente, bien puede calificarse de triunfante sin que suponga mote la palabra ni irrespetuoso el sentido.

Con la abolición de la coleta dió el primer paso para, corriendo luego a saltitos, zambullirse en la acuosa impersonalidad que lo diluye.

La castañeta con el apéndice fingido necesita un pequeño asidero transitorio, y el diestro se lo proporciona —moda al canto— dejándose crecer los aiadares —¡tan castizos hacia *alante!*—, para trabajarlos en coquito sobre la nuca y prendérsela en éste con horquillas. Yo no digo que tal modalidad presuponga algo; pero... más valdría suprimir la castañeta, que para nada sirve, si los toreros no quieren distinguirse del resto de los mortales.

La camisola rizada, con botonadura de filigrana; el pantalón de talle, la chupa con golpes de pasamanería, el sombrero cordobés, la faja de seda, la cadena de cuello para el reloj de sonería, y la caña de Indias, con puño de oro, cosas todas de menos característica importancia que la coleta, no se ven ya ni en el teatro. En cambio, con los primeros pintos toreriles surge el traje corto de campo —campero, dieron en llamarle—, y no hay un aspirante a astro que no lo tenga peor o mejor cortado, y antes falta el pan en la casa paterna que a Periquillo Romero un chaquetón de paño de Tarrasa, con cuello de pellejo de liebre. El dichoso traje *campero* saltó las lindes de su pertinencia para uniformar, venga o no a pelo, a toreros, ganaderos, amigos de toreros y ganaderos, concededores, ayudas, cabestreros; rejoneadores, y Conchita Cintrón. Y si, por lo visto, no es estuche de la personalidad externa de los matadores de toros, ¿qué pretenden embutiéndose en él a troche y modas?

No es preciso quebrarse la cabeza cavilando. Anoran, *a priori*, la consecuencia de sus presuntos éxitos en los ruedos: la dehesa y el trato de ganado vacuno, única y dáfosa actividad donde desembocan, irremisiblemente, las aspiraciones soñadas con justos o ilógicos fundamentos. ¡Ganadero! ¡Terrateniente! ¡Tratante! Llegan al cortijito sin saber nada de campo, y suplen su inexperiencia con lo mucho que aprendieron en la carrera por ruedos y despachos de Empresas. Todos admiramos y lamentamos los resultados, comprendiendo que nada iguala al librillo de la propia cuquería.

Podéis argüir razonablemente, preguntando: ¿A qué quiere usted que aspiren? ¿A una sastrería de trajes de luces? ¿A regentar una fonda? ¿A un negocio de transportes? ¿A una clínica?... Si entre estas ajenas actividades se desenvuelve el ajeteo de su vida, y en el campo abrieron los ojos a su añición, ¿no encuentra usted natural que sus aspiraciones se cuajen en dehesas tendidas al sol y en umbrosos sotos de jugosa hierba?

Es verdad, y desde que los toreros comenzaron a cortarse la coleta con ahorros para algo más que un colmado del que vivir y cuatro gallos de pelea por lujo de entretenimiento, caminito del Registro fueron sus pesetas convertidas en escrituras de propiedad rústica, y las excepciones de Minuto, Mazzantini, Cocherito y pocos más, confirman la generalidad de la regla. Y aparte la fracasada tentativa de Lagartijo, propietarios y labradores con mejor o peor fortuna fueron el Guerra, Antonio Fuentes, Bombita... y con Algabeño, Emilio Bomba, Machaquito... y tantos otros que viven y medran —¡gracias a Dios!— con el laboreo del campo, sin caer en la vanidad de herrar una puntita de ganado bravo allegada muy por arte de birlibirloque.

El torero moderno cree de buena fe mantener su popularidad, bastante restringida, manteniendo el *día* y fabricándose un *don* con la garrocha a cuestas para el concierto bizcochero en derredor de sus vanidades.

Como negocio, no está mal, hoy por hoy, la explotación de pequeñas reses de lidia; pero tantos forman en las filas ganaderas, que se aprietan y espesan, hasta que rompa a codazos la bienaventurada competencia.

Aplaudimos nosotros, desde nuestra modesta posición de aficionado, este pintoresco y lírico desfile de toreros y ex toreros, a un hombro la garrocha y en el otro el chaquetón con cuello de pellejo de liebre. Alentemos a los novilleros y acucijemos a los consagrados. ¡Adelante todos! Nuestros cálculos son bastante exactos: el día que mil ganaderos de pequeñas reses de lidia ofrecen su mercancía en los escaparates de las tiendas de lujo, como se ofrecen los pollitos de buenas familias gallináceas, podremos confiar en que el espectáculo más nacional empresa caminos de regeneración. En los grandes circos taurinos abiertos al sol se exhibirán cosas para todos los gustos, como en los que cubren la pista con lonas siguen haciendo su agosto las pulgas amaestradas, que chupan en el brazo de una señora gorda y llena de perifoneos, y los leones del Atlas y los tigres de Bengala, que rugen bajo el látigo del domador con bigotes engomados, despedazando cuartos de asno.

¡Los fieros bigotes engomados, que el bizarro domador seguramente también se corta a tijeretazos litúrgicos cuando abandona el ejercicio de su peligrosa profesión!

NOTA.—El primer toro de Parrita, en la tercera corrida de feria de Gijón, pesó 172 kilos (CIENTO SETENTA Y DOS).

## EFEMERIDES

# De miércoles a martes

Por J. HERNANDEZ PETIT

SEPTIEMBRE

12

MIÉRCOLES

Quando veo que salta un toro al callejón, lleno de gente —como sucedió en la última novillada de cuatro diestros— me gustaría tener más voz que el Ronquillo para gritar, a pulmón lleno, el infortunio de José Rodríguez. Fue el 12 de septiembre de 1899. Cantinero saltó tras de él la barrera, repleta de curiosos *tifoides*. Al pobre Pepete II tenía que cogerle el toro. A derecha e izquierda se encontraban los espectadores, en trepe; delante, la pared, y detrás, la barrera. Fue apresado por el muslo y lanzado al ruedo en salto trágico. Murió al día siguiente, en casa de su gran amigo don Baldomero Pita, a consecuencia de haberse declarado la gangrena. Así, ¡menos gente en el ruedo! Aun en el de Madrid.

El Espartero tomó la alternativa en Sevilla, el día 13 de septiembre de 1885, entre otras cosas, para demostrar que no era supersticioso.

Aprovecharé la ocasión para contar de él una anécdota no excesivamente divulgada. Toreaba en Valladolid una corrida de Múras, vestido de canario y negro, con cabos rosa. Entró a matar, y el cuerpo del toro, cual una tijera, le dejó más adefesio y con menos ropa que Cantineras. Entonces, Espartero dijo: "¡Qué toro más listo; m'ha visto de canario y negro y m'ha fecho volá como un pájaro!"

Y vamos ahora con el más grave percance de la vida de Lagartija, de quien en el "Album Biográfico" de la revista "Los toros" se especificó que fue carpintero antes que torero, y que en su época de novillero puntero daba admirables queiebros a cuerpo limpio. Pues bien, en Valladolid, un toro de la desaparecida vacada de Presencio no se dejó descabellar por Juan Ruiz y Vargas, que tal era el nombre de Lagartija. Tan no se dejó, que se arrancó de improviso y enganchó por el brazo al que pretendía ser su matador. Le dejó inútil para ejercer su profesión en lo sucesivo. Lagartija había tomado la alternativa en Madrid el 14 de septiembre de 1878. Frascuelo fue su padrino.

A su vez la tomó, el 15 de septiembre de 1907, Manuel Rodríguez, padre de Manolite. En 1898, cuando tenía catorce años, se organizó en Córdoba una corrida de "niños", en la que fue espada, con el Frasqui. Manuel Rodríguez. Debutó como novillero, en Madrid, el 12 de julio de 1903, con un torazo grande y duro, que el enfermizo debutante no pudo matar, aunque fue ovacionado, según nos dice "Duizuras". De éste, también, es la frase: "Fue su padrino de campo, el día de su alternativa, su paisano Machaquito".

Y ya en este terreno, el 16 de septiembre de 1891 fue aquel a quien se cantaba la copla: "No te tires..." el que recibió los trastos de matar de manos de Guerrita. Para que no se me tilde de lacónico añadiré que en el mano a mano de aquella tarde "se lidiaron seis monas", a juicio del gran Sánchez Neira. De Reverte conozco dos anécdotas, interesante la una y bonita la otra: En Marsella, una admiradora le pidió un retrato. Al entregárselo, le dijo, presintiendo su muerte: "Guardalo bien, porque es el último que daré en vida". En otra ocasión, perfilándose a matar, cayó a sus pies un clavel. Bajó la espada y recogió a flor, con desprecio del toro, "porque a los cobardes no les arrojan flores". Pero en aquel instante se arrancó el morlaco y fue cogido. Milagrosamente, sin consecuencias. Como tenía por costumbre, al terminarse la corrida entró a rezar a la Virgen y, con fervor, situó el clavel en el florero.

El 17 de septiembre de 1905 tomó la alternativa, a su vez, Antonio Boto y Recatero, scrino de los que fueron admirables banderilleros, los Regaterines, Victoriano y Luis, Torrecito se llamó el toro que, en Madrid, Machaquito le cedió a Regaterín. Era de Benjumea. La corrida fue la número doce de abono, y Antonio —para satisfacer a Jesús Tordesillas— salió vestido de azul mediterráneo y trigo maduro. Regaterín ejerció como matador de toros largos años, con gran cariño de las reses, pues no bien le soltaba una otra le cogía.

Y para terminar voy a contestar a los buenos aficionados que son los señores Hess, Torres y Soliño, diciéndoles que en su día haré cuanto pueda por que se lleve a efecto la campaña del premio al valor y su laudable idea de honrar la memoria de Valencia II, que, efectivamente, tomó la alternativa el 18 de septiembre de 1921. En cuanto a lo de conceder el premio Nóbel al inventor de la arruquina, por su acabada y temeraria faena al segundo toro de Gala-che, en Toledo, la semana pasada, me parece excesiva la proposición de Benito Pico, con título de excelentísimo como aficionado y buena persona. Usted, con su gracejo, su buen humor y su oratoria afamada, puede depararse gular por la simpatía y admiración que Carlos Arruza le inspira.

Ya me extenderé sobre todo esto que aquí queda esbozado. Pero, por de pronto, haga caso al mejicano y no le condene a ir de Toledo a Aranjuez, paladeando el polvo de aquella carretera infame.

SEPTIEMBRE

18

MARTES



## UNA NUEVA NOVELA DE TOROS

# VICTORIA MARCO LINARES ACABA DE ESCRIBIR EL CAPOTE DEL ESPARTERO

Tiene dieciocho años, sabe música y pinta cuadros taurinos



Victoria Marco Linares en su charla para EL RUEDO

HABÍA llegado a nuestra Redacción su libro, como adelantado de una inquieta personalidad. Nos habían dicho, después, que tenía varios cuadros pintados por ella, entre los que sobresalían unos retratos de toreros, y por si esto era poco, nos añadieron que poseía una voz de tiple que iba a dar mucho que hablar en el mundo de las corcheas.

Ya eso era bastante para picar la curiosidad del periodista, y, sin embargo, no habían de parar ahí nuestras sorpresas. Nos quedaba aún por descubrir la belleza de sus dieciocho abriles, desbordantes de simpatía y gracejo. Y nos fué sencillo, porque como estas cualidades son difíciles de mantener ocultas, no tuvimos más que enfrentarnos con Victoria Marco Linares, para darnos exacta cuenta.

Nos recibió en una coquetona salita, en donde en unos lienzos asoman las figuras de algunos de los ases de la torería y cintemplándolos estábamos cuando esta muchachita de Almería, que le gustaría haber nacido en Sevilla, hizo su entrada en la habitación.

Habíamos ido a hablar de su reciente libro «El capote del Espartero»; pero como me pilló en plena contemplación pictórica, son sus primeras palabras para referirse a esta rama del arte, a la que tantas ilusiones dedica.

—¿Le gustan? —nos dice—. Pues nadie me enseñó ni dibujo ni pintura. No he visto coger aun ningún pincel a una mano diestra, ni nada sé de la técnica de mezcla de colores. Todo es intuitivo, apoyado en una extraordinaria pasión que siento por manchar los lienzos. Hace un año todavía no había hecho nada; pero de pronto surgió en mí la idea de la pintura, y ahí ve usted... y señala los lienzos colgados.

—Pero todos son toreros?

—O que usted ve aquí, sí. He hecho además alguna miniatura de otros asuntos y también flores. Pero como la pasión que predomina en mí es la de los toros, prefiero pintar sobre temas del espectáculo más bello del mundo. Hoy todavía no han podido ser más que retratos, pero más tarde ampliaré mi radio de acción. Manolito Bienvenida, Juanito Belmonte, Morenito de

Telavera y El Espartero, asisten a nuestra conversación. Asomados a la ventana de sus cuadros y en sus caras parece verse cierto aire satisfecho por haber ido surgiendo a la luz, merced al pincel de Victoria.

—El Espartero —le decimos— tendrá que estarle doblemente agradecido; le ha hecho usted un retrato y le ha dedicado una novela.

—Tenía ganas de escribir algo sobre los toros. Ya le he dicho que es mi gran pasión. Pero no quería que fuera únicamente novela; prefería hacer una biografía en la que la imaginación pusiese las gotas de fantasía necesarias para rellenar los huecos naturales y darle un interés novelesco. De ahí que eligiese al Espartero, en cuya vida hay multitud de anécdotas y no poco de leyenda. Me tentaba, pues, y ahí está: el público y la crítica dirán si he acertado. De ambos, hasta la fecha, no tengo más que agradecimiento, pues mis anteriores novelas fueron acogidas por unos y otros con todo cariño.

—Entonces, ¿esta no es la primera novela que publica? —decimos extrañados ante su juventud.

—Sí, a los catorce años escribí una novela de las del género rosa; pero, a pesar del éxito que obtuvo, no he querido volver sobre ese tema. A los quince, hice otra, y a los diecisiete una de carácter histórico. Y en este año he publicado «Volverá a amanecer» y «El capote del Espartero».

Nos quedamos algo confusos ante la profusión de títulos dados a la imprenta por esta mujercita de dieciocho años. Y cuando tratamos de reponernos, añade:

—También tengo otra terminada, sin título aún, y estoy dando los últimos toques a otra.



Victoria con la paleta y los pinceles

Una rendija de sol se mete por la ventana y ése sobre nuestra cabeza; pero no acertamos a distinguir si nuestro sudor es debido a esto o a la incapacidad de comprender cómo se pueden llenar tantas cuartillas en tan corto tiempo.

Y ya con un poco de prevención, la preguntamos.

—Y teatro, ¿ha escrito usted?

Estamos esperando la respuesta con cierta emoción. Casi damos por descontento que si y nos agarramos fuertemente al sillón.

—No. Y no por falta de deseos. Me gusta, pero cuan-

do pienso un argumento, sin querer lo convierto en novela.

Respiramos. Y aprovechando este pequeño desahogo, cambiamos de tema.

—Usted que dice que es tan gran aficionada a los toros, ¿habrá visto ya muchas corridas?

—No he podido. Tenga usted en cuenta mi edad. Sin embargo, la primera que recuerdo es la alternativa de Domingo Ortega. Entonces tenía yo cuatro años. Claro es que no he seguido yendo a ellas; pero nunca he perdido el contacto. Sin embargo, desde hace dos años no faltó a ninguna. Para ello he tenido que vencer la resistencia de mi madre, que no me dejaba, pues experimento tal emoción que muchos días he vuelto de los toros enferma. Hoy he logrado dominar algo mis nervios y con ello conseguir la autorización para no perder ningún festejo.

—¿Y qué torero le gusta más?

—Joselito.

Repetimos la pregunta, porque creemos que no nos ha comprendido. Ella no ha podido ver a José Gómez Ortega. Pero insiste.

—No se extrañe usted. Tanto he oído hablar de él, que soy gallista sin haber tenido la suerte de verlo. Pero si usted quiere que le diga de los actuales, apunte: Antofito Bienvenida y Pepe Luis.

—¿Y Manolete?

—No soy manolequista, aunque reconozco su extraordinaria importancia en esta época, que pasará a la historia con el nombre del cordobés. Sin embargo, a mí, particularmente, me gusta el torero alegre.

La madre que está presente, interviene para dar un consejo. Ella cree que no debe particularizar, pues alguien podría molestarla.

Para dejar las cosas como están, damos otra vuelta a la conversación.

—Nos han dicho que también practica usted el canto.

—En efecto. Va a hacer dos años que empecé a dar clases con el maestro Chao y él me alentó de tal forma, alabando mi voz, que tengo puestas grandes esperanzas. Doy una octava por encima del do de pecho, que como usted sabe es una nota extraordinariamente difícil dar. Además, en los registros bajos alcanzo notas de soprano.

Y nos levantamos, porque de continuar aún es posible que surja una nueva aptitud de Victoria Marco Linares.

Y bajamos la escalera pensando en esta mujercita que cuando cante ópera, dada su afición a los toros, interpretará «Carmen».



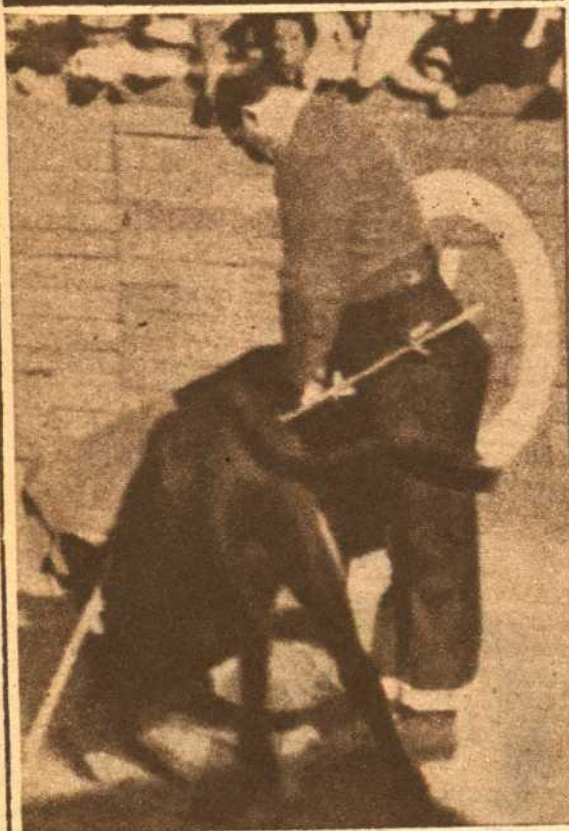
La señorita Marco lee con atención nuestra revista

FESTIVAL EN MATA DEL PINO

**JAVIER BARROSO,  
RAMON SIMONET  
Y JULIO APARICIO**



Don Ramón Simonet, propietario de la línea, con don Manuel Ortiz y el señor Barroso.



Javier Barroso en un derechazo



Julio Aparicio toreando con la derecha (Fots. Marin)

**CARTEL DE BARCELONA**



Domingo Ortega, junto a barreras, observa las incidencias de la lidia



Un ayudado por alto del toledano a su primer toro



Ortega hace un desplante en la faena de muleta de su segundo



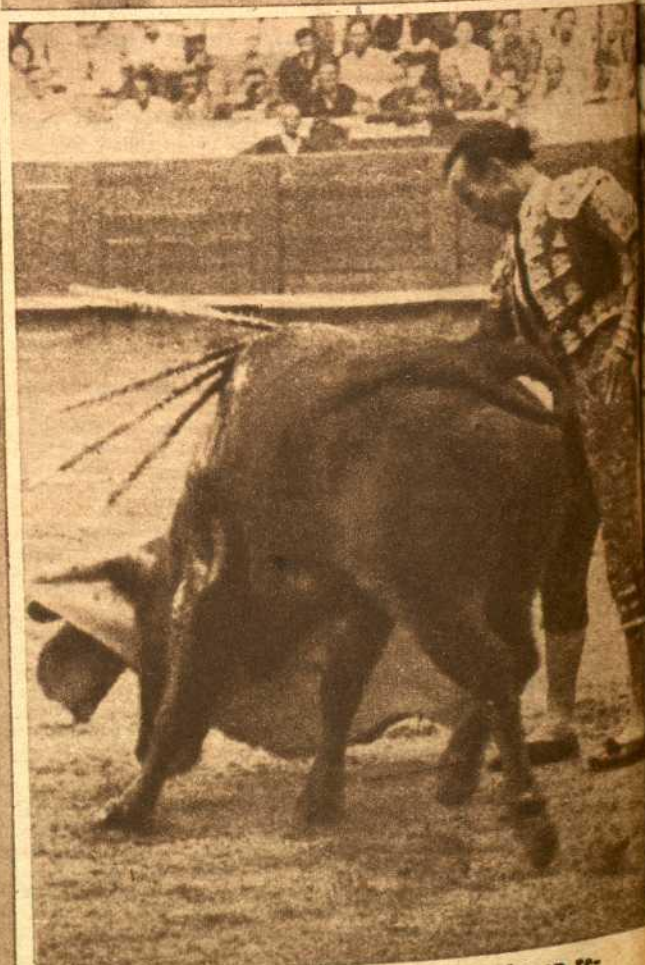
Pepín torea al natural con la izquierda a su primer toro

**JUICIO**

BARCELONA, 9.—(De nuestro redactor Subirán).—Se había confeccionado un buen cartel y el público acudió a la Plaza con la esperanza de ver algo, registrándose buena entrada. Fallaron los toros, y la corrida se quedó en nada; menos mal que los matadores estuvieron braves con el estoque, y en hora y media terminaron con los seis bichos.

Ortega fué el más destacado, en particular, en su primero, al que hizo una faena dominadora y artística, en el centro del ruedo. Mató de una estocada en todo lo alto. Hubo petición de oreja, ovación y saludos. En el segundo tiró a abreviar, y después de una faena de alifio, acabó con él de media estocada y descabello al primer intento.

Pepín Martín Vázquez, a quien, en honor de la ver-



Domingo Ortega en un paso con la derecha en redondo

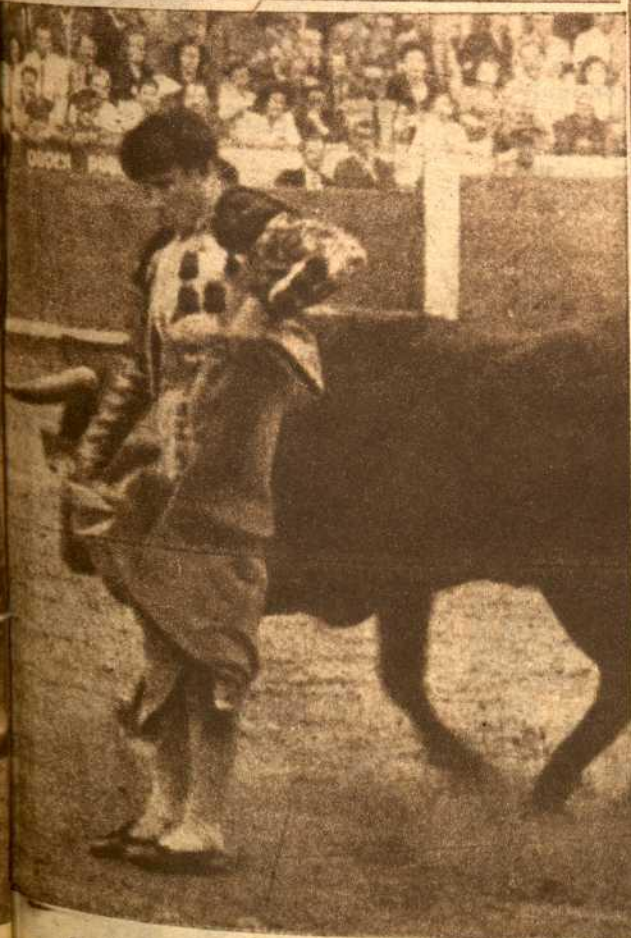
**Toros de MARIANO FERNANDEZ y SANCHEZ TABERNERO  
para ORTEGA, PEPIN MARTIN VAZQUEZ y LLORENTE**



Pepin iniciando el remate de un quite en su segundo toro

**CRITICO**

dad. hay que decir que le tocó el peor lote, en el primero tiró a abreviar, y después de una faena de alivio, cobró una estocada calda que fué suficiente. En el segundo estuvo desconfiado y sufrió dos descamis. Señala media perpendicular y descabeilla al séptimo golpe. Rafael Llorente fué aplaudido en sus dos toros. En el tercero de la tarde estuvo bien; hizo una faena a base de naturales, derechazos y ayudados. Coloca media estocada bien puesta, que basta. Es ovacionado y saluda desde el tercio. El último toro fué el más peligroso de todos. Llorente, confiado y sin perderle la cara, aguanta las tarascadas y logra dominarle con unos pases por bajo. Coloca una estocada casi entera en todo lo alto, que basta. Llorente es muy aplaudido por su labor.



Pepin Martín Vázquez en una chicuelina en su primero



Llorente torca al natural a su primer toro



Otro natural de Rafael Llorente al mismo toro



Otro natural de Llorente en la faena de su primer toro (Foto. Valls)

**EL VIERNES, EN VILLENA**

**Toros de Flores Albarrán  
para ALVARO DOMEQ,  
CAÑITAS, JULIAN MARIN  
y EL CHONI**



Domecq saluda al público al comenzar la corrida



Un buen par de banderillas, por los terrenos de adentro, de Alvaro Domecq



Mueta brindada a Alvaro Domecq la muerte de

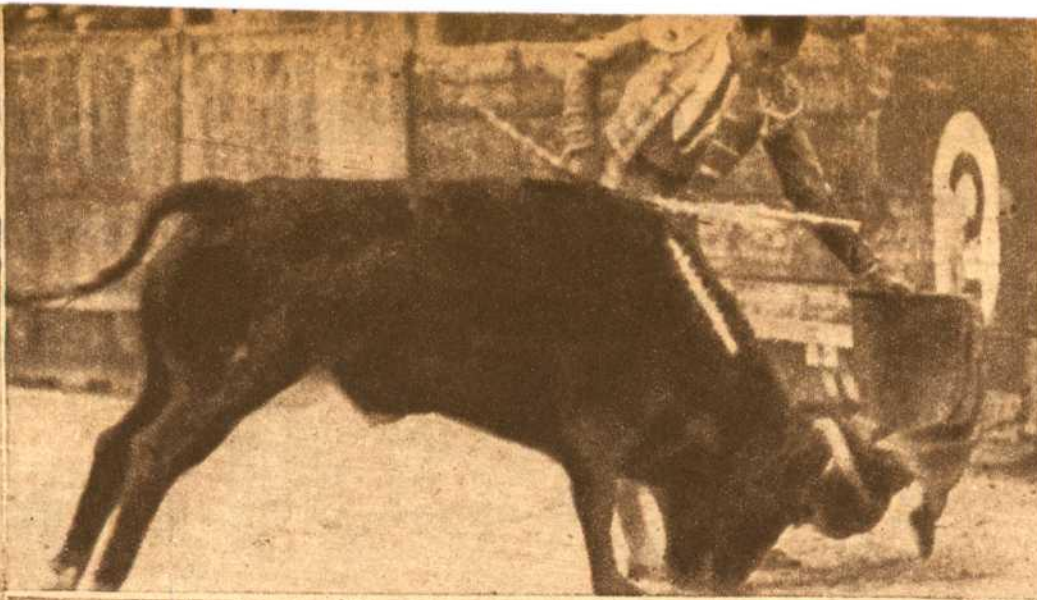


Cañitas en un gran par de banderillas  
Una Muoetina de Julián Marín  
(Foto. Marín)



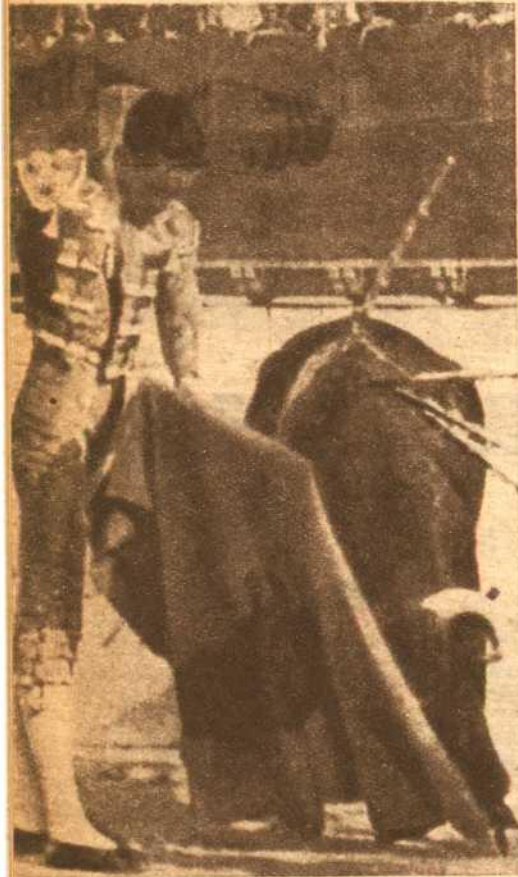


Manolete saluda al público, que le otorgó la oreja.—A la derecha: Arruza torrea al natural al toro al que cortó la oreja



Parrita, con las orejas cortadas al sexto toro, después de una gran faena

EL VIERNES, EN TOLEDO  
**TOROS DE GALACHE, PARA MANOLETE,  
 ARRUZA Y PARRITA**



Manolete inicia un pase de pecho en su primer toro  
 Un natural del cordobés en la faena de su primer enemigo

**A LA ORILLA DEL TAJO**

por ALFREDO MARQUERIE



Arruza, con las orejas y el rabo que se le otorgaron como premio a su labor

Nos fuimos a Toledo para ver a Arruza y a Manolete. Bueno, y a Parrita, que venía a ser en esa corrida el estrambote de un soneto. Pero que fué un estrambote excelente.

«Polvo, sudor y hierro...» Nos acordábamos de ese verso de Manolo Machado viendo a los picadores cabalgar entre las tolveneras de la tierra seca.

Manolete se mancha una mano con la sangre del toro y la deja asomar lánguidamente sobre la barrera para que el mozo de espadas haga casi, casi, oficios de «manicuro».

Arruza, cuando llega al toro con las banderillas, da un saltito, un brinquito levisimo, mientras alza los brazos. Y ahí es donde está el milagroso secreto de su escapatoria, de su evasión increíble, de que no resulte cogido y muerto a cada par.

«Tiene cara de monaguillo», decía un espectador, de Parrita. Y no le faltaba razón.

En las Plazas de provincia, donde la música acompaña a las faenas, tienen éstas otra alegría. Y un sabor antiguo, a los tiempos de Gallito y Belmonte.

Cuando parte del público grita «Arruza» y otra parte «Manolete», los espectadores se convierten en «hinchas» del fútbol que jalean a cada equipo.

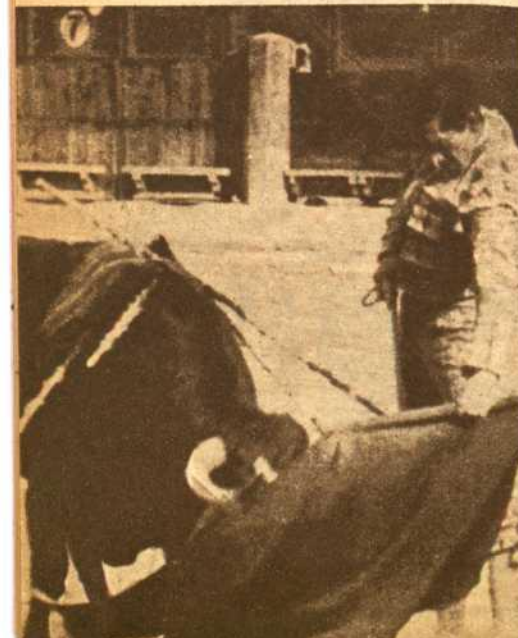
En provincias, ¿es que son los toros más grandes o las Plazas más pequeñas?

No podemos aguantar a esos «pillos» que se hacen los graciosos diciendo siempre: «¡Andele, Manito!», con acento mejicano imitado de ciertos actores de película. Ellos solos se ríen de lo bien que lo hacen. Ellos solos. Pero nadie más.

Un coñido derechazo del mejicano, en el toro al que cortó las orejas (Fots. Baldomero y Mari)



Parrita torrea al natural, con quietud y arte, junto a las tablas  
 Un pase de pecho del madrileño Parrita en la faena de su segundo



# La primera corrida de feria en Albacete

## Toros de ALIPIO PEREZ para DOMINGO ORTEGA, MANOLETE y ARRUZA



Ortega dando un gran pase con la d.ocha en la primera de feria



Manolete empieza la faena en su primer toro con un magnifico ayudado por alto



Arruza toreando en un gran pase al natural



Ortega durante su faena en su primer toro



Arriba: Arruza después del triunfo. — Abajo: Manolete dando la vuelta al ruedo

### JUICIO CRITICO

Creíamos que en esta primera corrida de feria iba a ser colocado el cartelito, tan codiciado por los empresarios, de haberse agotado las localidades. Pero no se logró —aunque la entrada fué buena— el éxito económico que merecía la combinación. Nada menos que Ortega, Manolete y Arruza, por primera vez juntos esta temporada. La corrida era para dejar satisfechos hasta a los más alicidos de convencer. Ante esos nombres, acudimos a la Plaza repletos de expectación, pero en conjunto la corrida no respondió a la expectación que había despertado, a causa principalmente del mal juego que dieron la mayoría de los toros de Pérez Tabernero.

Ortega, en su primero, un toro bastante incierto, estuvo apático, dividiéndose las opiniones cuando lo dejó pa a el arrastre. En su segundo, puso de relieve sus extraordinarias condiciones de muletero, ejecutando una faena de dominio, que fué premiada con apínguos.

A Manolete, ausente de la feria el pasado año, había ganas de verle. El cordobés salió dispuesto a saborear las mieces del triunfo. En sus dos enemigos toreó con la muleta de forma maestra, sobresaliendo en la faena que llevó a cabo en su segundo, un sobrero de Esteban González, que salió en sustitución de uno de Pérez Tabernero, retirado al corral por chico. Prodigó naturales, manoleteinas y otros pases lucidos, que se jalcaron, concediéndosele como premio a la feria las dos orejas y el rabo.

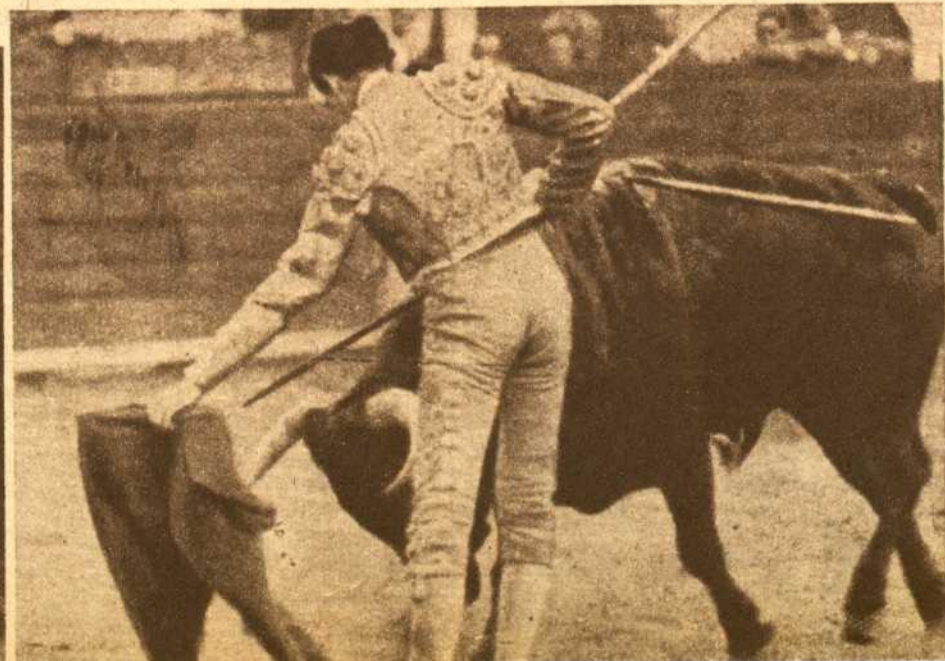
También Carlos Arruza alcanzó en el último de la tarde —un toro bravo y de bonita lámina— un triunfo resonante. En medio de continuas ovaciones, cuajó una grandiosa faena, amalgama de arte y valor. Pisando un terreno inverosímil y cruzándose hasta lo inconcebible, dió catorce naturales en dos series, que hicieron desbordar el entusiasmo del público. Puso remate a la faena con media estocada superior. Entre aclamaciones, dió la vuelta al ruedo, llevando en la mano como trofeo las dos orejas, el rabo y una pata del enemigo. A su primero, que se venía una enorme multitud por el lado izquierdo, lo trasteó por bajo con inteligencia, pero sin lucimiento, por cuya circunstancia el público le mostró su descontento.

RECORTE



ARRUZA, arriba y abajo, durante su gran faena al toro del que cortó la oreja.

Manolete toreando por naturales al toro del que cortó la oreja. (Fots. Baldomero)



# JOSELITO

## CAPITULO XI

Quisiera saber en que, al principio, Joselito toreaba sobre las piernas. Belmonte, que no las tenía fuertes, toreaba con los brazos. En seguida saldrá alguno gritando: Claro, escuela rondeña y escuela sevillana. Yo doy un grito más fuerte: ¡No, señor! He dicho hasta la saciedad, con razón o sin ella, allá cuidados de los que me leyeron, como no creo en la monserga de las dos escuelas. Si a la personalidad que tuviera un torero de Ronda, y a la que tuviera un torero de Sevilla, las llamaron escuela, aunque no lo era lo de cada uno, y se petrificó el error, y cristalizó, y quedó como una sentencia, yo insisto en no querer creer tal cosa. No hay más que dos formas de torear: una, que es verdadero toreo, que es la de torear bien; y otra, que es esquivar las acometidas del toro, y no es toreo ni lidia propiamente dicha. ¡A ver quién me demuestra dónde está el rondeñismo del torero de Ronda que salta con la garrocha y pone pares al cuarteo, y dónde el sevillanismo del torero sevillano que mata recibiendo! La personalidad no funda escuela. Y vuelvo a mi Joselito y a mi Belmonte.

Joselito, en un principio, toreaba sobre las piernas. ¡Mecachis, aquí me hace falta otra divagación! Se torea siempre sobre las piernas. No porque se toree de pie, que de rodillas también se torea sobre las piernas, y esto quiere decir que se torea con las piernas también cuando las piernas no se mueven. Porque el toreo es cuestión de sitio: de tres sitios, que son los tres tiempos de todas las suertes. Un sitio para citar, otro para tender la suerte y otro para cargar y despedir. La base del toreo fué el tiempo y el compás de un movimiento. Escogido el sitio del cite, la pierna contraria a la salida que se pretendía dar al toro, avanzaba hacia él tendiendo la suerte. Para embarcar al toro en el engaño; luego, traído el toro a jurisdicción, avanzaba hacia un costado y hacia atrás la pierna del lado de la salida, para despedir a la res e ir a buscar el sitio conveniente donde repetir el lance en sentido contrario después de

la revolución del cornúpeto. El toreo es eso, y me doy a todos los demonios pensando en mi incapacidad explicativa y no pudiendo pararme encima de mis cuartillas o ir de pie en esta página para hacer claramente con mis propios pies lo que no acierto a escribir bien con mis manos. Al movimiento de las piernas había de acompañarse, acompañándolo, el movimiento de los brazos. Pero había de acompañarse; no se olvide esto.

Pierna, adelante; brazos, adelante; pierna, hacia un lado y hacia atrás; brazos, hacia atrás y hacia un lado. Como no puede el esgrimista flexionar la pierna derecha, avanzándola, y extender la izquierda, sin extender al mismo tiempo el brazo de la espada. ¿Está claro? ¡Dios lo quiera! El movimiento de las piernas se fué acortando y achicando poco a poco, y hasta lle-

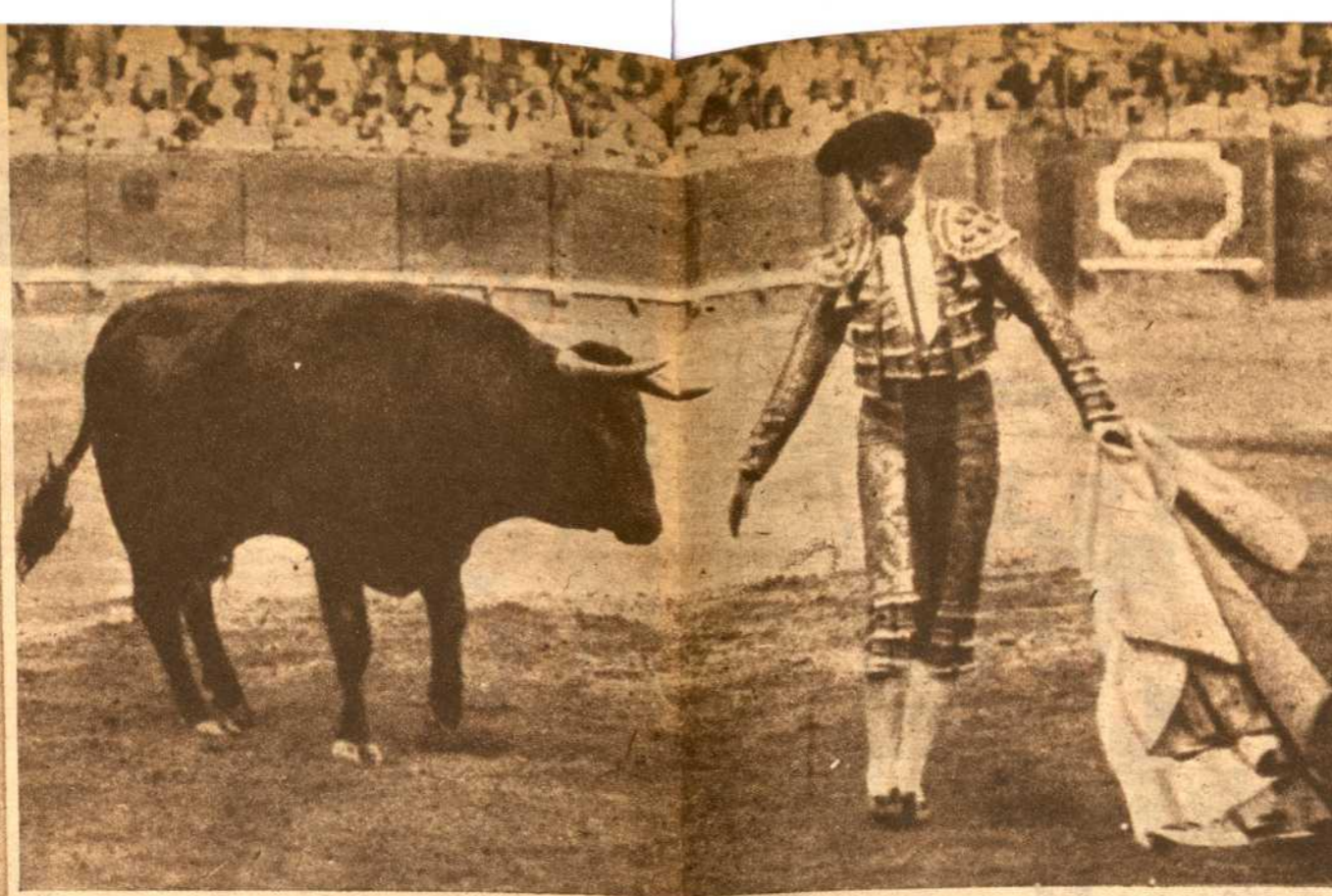


Un adorno clásico en el torero de Gelves al rematar un quiteo

gó a desaparecer en ciertos momentos, mientras persistía el de los brazos. Pero las piernas se seguían moviendo inmóviles —aunque le parezca paradójico al que no quiera entender— mientras se movían los brazos. Porque los brazos se movían al tiempo, al compás y al ritmo ideal con que se movían las piernas, sin movimiento, en el pensamiento del torero. Cuando la bailarina, en un momento de la danza, se queda inmóvil, pero siguen danzando el busto y los brazos, las piernas tienen, por el pensamiento del compás y del ritmo, un movimiento ideal, no ejecutado, pero sentido por quien danza. Y otra vez, dejando salas de esgrima y tablados, volvamos a las arenas de los circos que Joselito y Belmonte hicieron de oro con sus proezas.

Joselito era en un principio agilidad, gracia, alegría. Arte de birlibirloqu, que dijo José Bergamín. Al principio y después, con otras variantes, pero

Luis Santana y Parra, sentados, y detrás, de pie, Joselito, Duarte, Magrinas y Limón



Joselito remata un quiteo y deja al toro colocado en suerte para la siguiente vara

por el principio empezamos. Belmonte era debilidad, torpeza, esfuerzo, porfía y valor temerario. En un principio también, que todo se andará. A Belmonte le tiraban los toros por el aire. ¿Por qué? Por el sitio. Así gritamos al milagro de aquellas cinco o seis famosas verónicas que dijimos sin enmendarse. Ah, pero el que no se enmienda es del toro. Y enmendarse no es enmendar el lance, sino mejorar el sitio para el lance siguiente. Porque a cada revolución normal el toro irá acortando las distancias y mejorando su terreno ofensivo, mientras ya en el primer cite el torero no se cruce con él y le tuerza hacia afuera la recta de su viaje, para convertirle la recta en curva, o por lo menos en recta oblicua, por donde él puede guarecerse mejorando su terreno cuando hayan pasado los pitones. El que no tenga una noción de la tauromaquia, ya puede tirar esto que está leyendo y dedicarme una media docena de insultos mentales, que eso irá ganando de su tiempo y eso irá desahogando de su rabia. Belmonte quería torear más cerca que nadie y con más entera sinceridad que nadie. Por eso al principio se po-

nia en la rectitud del toro, le dejaba pasar por su recta, aguardaba la revolución, y no se mejoraba, no se enmendaba, no iba a buscar sitio para su desahogo, y el toro volvía a pasar mientras encontraba sitio para el paso, ciñéndose cada vez más, hasta que tropezaba con la figura y la quitaba porque la figura no había querido quitarse. ¡Porfía sublime del torero heroico! Pero a su lado estaba la habilidad, Joselito, y él la veía producirse con extraordinario desahogo. Joselito, dominador ante todo, no buscaba en el toro deleite para su toreo, sino enemigo para su dominación. Porque dominar y vencer eran su deleite. Joselito citaba sobre el pitón de la salida; esto es, metido ya en la recta del toro, un poco más allá de ella, porque sabía que esta era la manera de poder torcerla y de hacer menos amplia la enmienda indispensable entre lance y lance. A veces el cruce era tan eficaz, que la enmienda se hacía innecesaria y el toro, en la revolución, ya venía vencido. Belmonte aprendió eso, y las verónicas sin enmendarse fueron posibles sin que el toro le levantase los pies del suelo. A veces hacía fal-

ta una pequeña enmienda, y el trianero la cumplía, parsimonioso y hábil —¡hábil ya!—, con pasitos menudos, arrastrando los pies, como en el breve y corto deslizarse de un patinador. Primera fusión del modo de Juan con el modo de José.

# APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

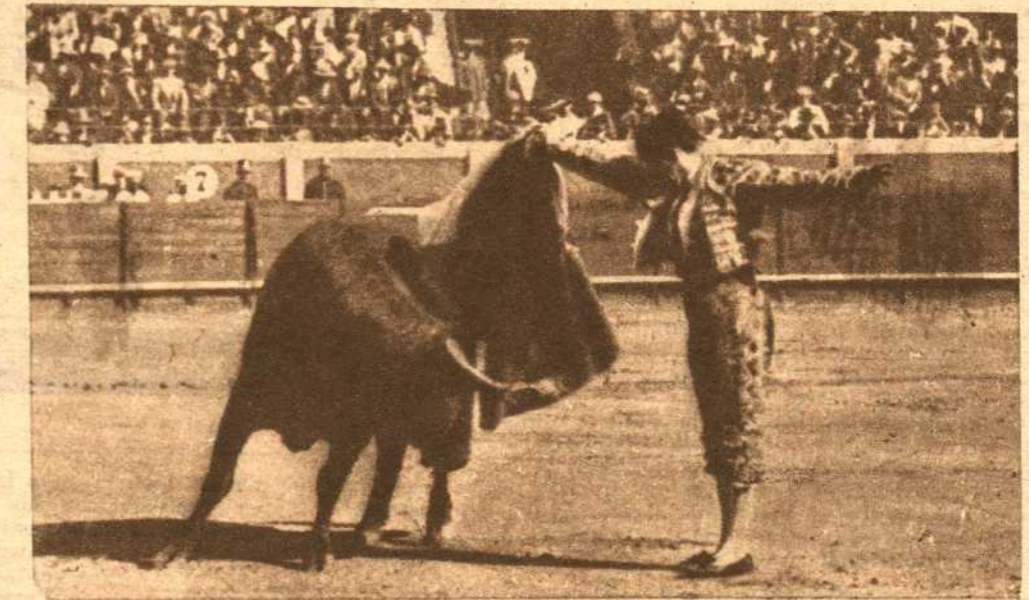
Por FELIPE SASSONE

Y entonces vinieron los pases naturales seguidos, seguidos y no ligados, porque el pase natural entero no se puede ligar más que con el de pecho; pero, en fin, los pases naturales en serie de cuatro, de cinco, de seis, para rematarlos echándose al toro por delante en el último lance contrario, o para cortar la faena cuando ya no se podía más; pero con una sucesión de lances en los que el torero había podido andar con desahogo unas veces por dentro y otras por fuera, sin importarle un ardite las preferencias del toro. Y esta fué la primera novedad que los

aficionados al toreo, inmediatamente anteriores a los dos fenómenos nuevos, no habíamos visto nunca antes, y esta fué la segunda fusión al revés: la del modo de José con el modo de Juan.

Todo esto, anteriormente dicho, dicho va por lo que se refiere al toro claro, no resabiado, ni reservón, ni bronco, obediente al engaño y franco al embestir. Por lo que se refiere a la dominación del toro difícil, al principio, José era el dominador y Belmonte el dominado. No se cambiaron las tornas, pero se igualaron también, aunque por modos distintos, en un toreo a dos manos, con procedimientos diferentes: porque Joselito dominaba por bajo con las dos manos siempre; y Belmonte dominaba por alto y a veces sólo con la mano derecha.

¿Cómo? Ya lo diremos, que no se ganó Zamora en una hora, y no quiero de una sola tirada agotar mis escasas fuerzas ni acabar de una sola vez con la paciencia del lector. Bien se me alcanza que tanto para mí, que escribo, como para el que leyere, éste es un mal trago. Pero en este caso no quiero seguir el adagio que dice de los malos tragos, pasárselos pronto. Vamos poquito a poco, como iba Juan Belmonte cuando aprendió a enmendarse.



Otro adorno de los del repertorio de Galito después de un quiteo

ga tendencia hacia las tablas tan marcada que se cambian las tornas y sean los de adentro los terrenos del toro y los de afuera los del torero. Pero, según lo que Joselito tenía aprendido, y como fundamento general, no se podía siempre, indistintamente, torear a capricho por dentro o por fuera. Pero Juan dió en torear tan cerca, en empapar tanto al toro en el trapo, en prenderlo de él en tal forma, que llegó un momento, muchos momentos de su toreo, en que el toro, esclavo del engaño, sin espacio entre su testa y el objeto al cual le iba a los alcances, sólo en él se fijaba, y no tenía opción para escoger ningún terreno, y así iba ciego y embebido por el camino que el lidiador quería marcarle. Con el toro noble, dócil, o al que él había reducido a docilidad con su porfía y su acortamiento de distancias, Belmonte toreaba por donde le daba la gana.

Y José veía

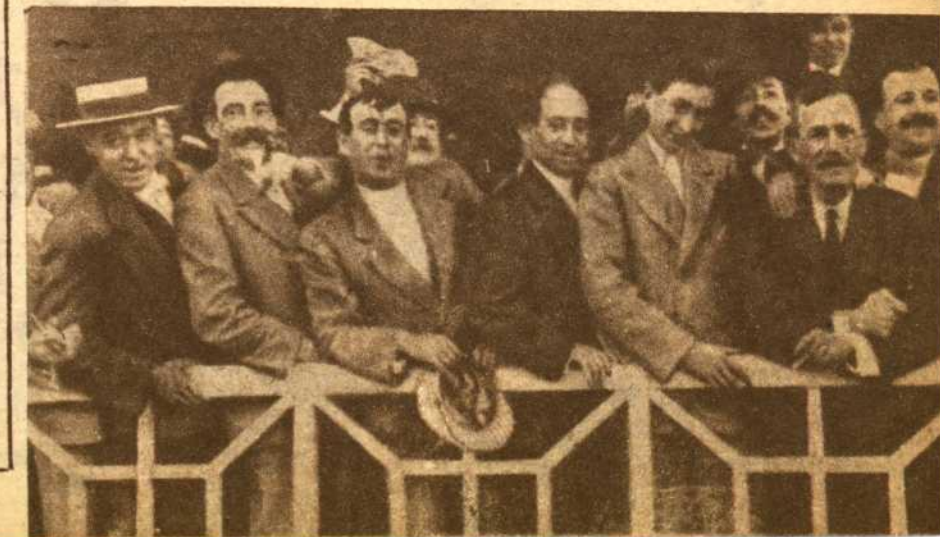
Los tres Gallos, reunidos en Valencia después de una paella con la que fueron obsequiados. (Fots. Baldomero y Vidal)

(Continuará)



Joselito, en una faena de muleta, sujeta al toro rodilla en tierra

Los tres Gallos, reunidos en Valencia después de una paella con la que fueron obsequiados. (Fots. Baldomero y Vidal)



## EL ARTE Y LOS TOROS

# LO QUE VA DE AYER A HOY DE «LA LIDIA» A LOS TIEMPOS ACTUALES

Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

CUANDO las páginas inolvidables de la gran revista *La Lidia* informa a los taurófilos españoles sobre los acontecimientos más destacados y sobresalientes de cuanto se relaciona con la fiesta nacional, vive España un período histórico que no merma ni dificulta cierta simpatía sugestiva del ambiente. Finaliza el siglo. Mientras por un lado la comedia humana de la vida nacional propende al drama, en los espíritus iconoclastas de las gentes parece que se acentúa y ahonda cierta tendencia al divertimento y la distracción. Que nunca el espíritu español estuvo más cerca del humor y de la risa que cuando se encontró o se encuentra más cercano a la tragedia. La política apasiona y supedita en aquellos días todas las iniciativas, mas ello no es obstáculo para que la escena principalmente y los toros dominen a las gentes, que no pierden corrida o espectáculo, llenando tertulias y mentideros donde se discute, se comenta y se hacen cábalas y pronósticos sobre la carrera brillante de los domadores del éxito. La calle de Sevilla, con el café Suizo en el chaflán con la calle de Alcalá, es el centro y punto de reunión de los aficionados y profesionales de los toros. Allí, junto al hongo o la chistera, demasiado democratizada por el uso, el sombrero ancho del diestro o el ganadero; junto al plastrón o la corbata, la blanca pechera rizada del ídolo. Se da a la fiesta de toros inusitada importancia. Los revisteros que firman como ahora con seudónimo, son los periodistas de más fuste y prestigio de la época. Se extienden por Madrid, por España entera, las revistas taurinas, y de todas, *La Lidia* es la que tiene mayor aceptación, la que da la pauta y norma de los acontecimientos taurinos. Colaboran en ella los escritores de más nombradía, y el arte de la pintura y el dibujo se pone al servicio de los toros, cuyo abolengo arrastra desde Goya. A plena entera se publican los dibujos de Perea, de Chaves, de Lizcano... Son notas impresionistas realizadas en momentos en que no es fácil la ayuda de la fotografía que capta en instantánea un gesto, una faena o una postura. El dibujante lo es todo o casi todo en el periódico. La parte gráfica siempre tuvo en la Prensa preponderancia sumá, si no se trata del suceso o del acontecimiento político. *La Lidia* enseña a dibujar a muchos de nuestros artistas, y el tema taurino, tan en boga, encuentra en los pintores la preferencia, bien en la nota impresionista o en el costumbrismo. Denis, Ferrándiz, Simonet, Ferrant, Alarcón, Alaminos, Cilla, Villegas, Jiménez Aranda, etc., no olvidan lo españolísimo del tema y la prestan la atención debida. Mas de aquellos pintores de finales de siglo a los de los tiempos actuales, se marcan notables diferencias. Después del período romántico que ha acentuado el clasicismo, nuestros pintores de finales del XIX no pueden sustraerse a la influencia de sus predecesores, y un academismo clásico dirige sus pinceles, que perfilan y recortan las figuras, detallan los fondos y paisajes y hacen del cuadro un bello reflejo coloreado de la realidad. Mas cuando nuestro siglo XX empieza, parece que el arte quiere emanciparse y distinguirse del ambiente tradicional que le rodea, iniciando



'Toreros en una fiesta'. Cuadro de Chaves que refleja la pintura de una época

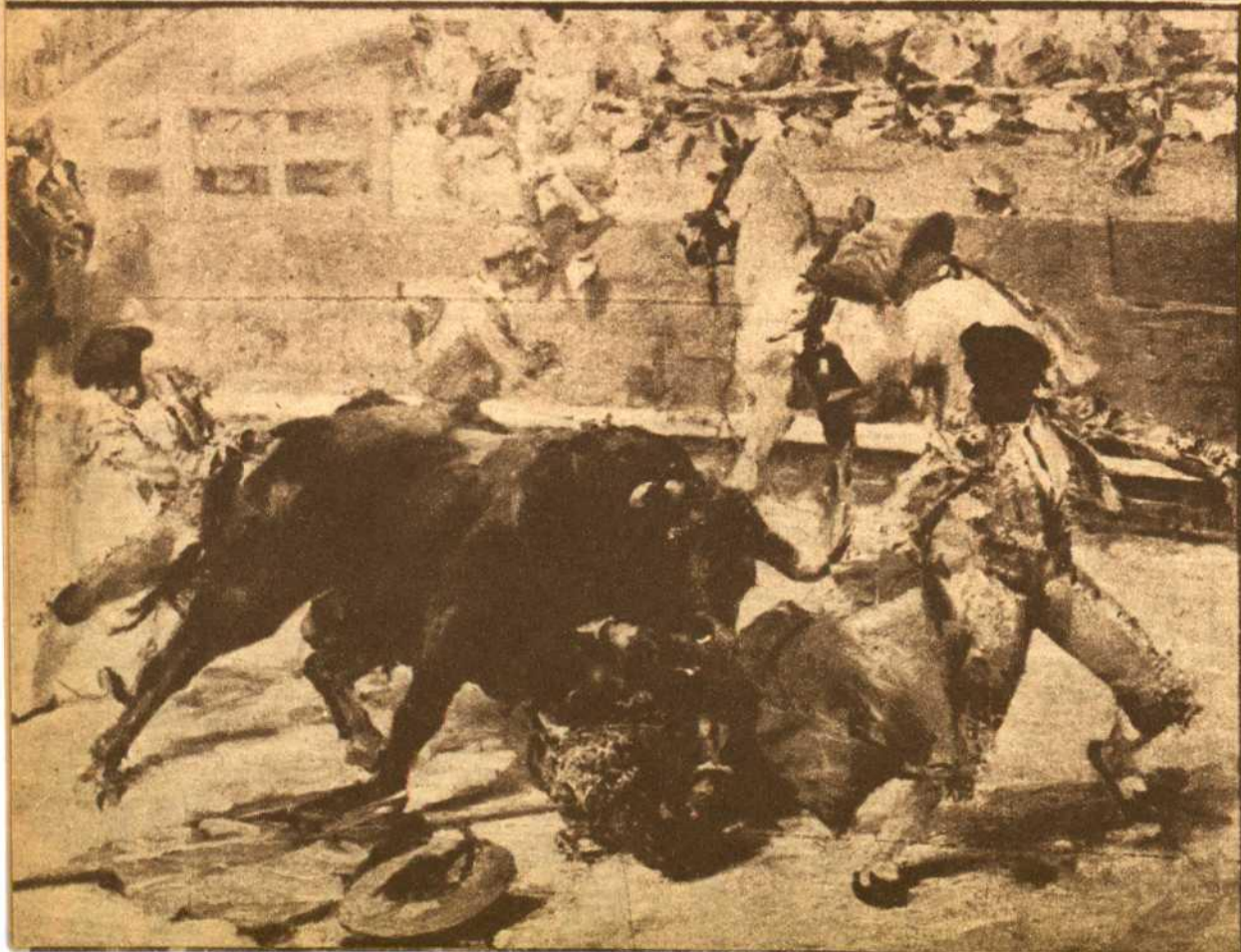
una nueva y superrealista escuela cuya influencia ya empieza a sentirse o manifestarse. Y así, en esto vaiven de las circunstancias y acontecimientos, transcurre la vida, hasta que un hecho externo había de realizar de golpe la revolución pictórica y social tan presentida. Es la Gran Guerra que estalla.

Si es verdad que Vázquez Díaz nos ha traído desde París cierta influencia snobista y revolucionaria en el color, en la técnica y en la temática, también es cierto que Picasso ha ensayado con relativo éxito su excentricidad artística, y que Zuloaga empieza a demostrarnos la existencia de un arte nuevo en la pintura; mas todas estas manifestaciones no están consolidadas. Es preciso que el mundo se conmueva para que la sociedad, la política y el carácter de los pueblos cambien y se modifiquen. Media el año 1918 cuando todos, sin sentir, llevamos o iniciamos un espíritu nuevo dentro. Quedan anticuados y envejecidos algunos procedimientos, y el arte, manifestación del espíritu que como ninguna se amolda y aclimata al ambiente, hace su sesgo, se desvía y viene a ajustarse a los cánones de la estética moderna. Frente al clasicismo, el futurismo; en contra de lo romántico, lo naturalista; en contra de lo abigarrado y barroco, la simplicidad y la estilización; en pugna con el color fuerte y detonante, las gamas y suavidades. Con esta norma antitética transcurre el arte, que en unos puede ser inclinación y en otros postura, expresión de una manera de ver o sentir o, por el contrario conveniencia de llamar la atención para destacar de alguna manera.

Tras el siglo anterior, gris y sombrío, se inicia el XX, lleno de luz y claridades, y así surgen para el ambiente taurino un Sorolla Bastida, un Roberto Domingo, y en el retrato, un Zuloaga o Vázquez Díaz, así como González Marcos y Antonio Casero, que aportan, dentro de la clasificación particularísima de cada uno, un arte nuevo al viejo arte del tema taurino.

Han pasado cincuenta, sesenta y hasta setenta años de *La Lidia*. Ha cambiado todo: ambiente, política y costumbres, y el arte, a tono con la evolución y la tónica del momento, cambia y se modifica al igual que nuestro espíritu, que insensiblemente y sin darnos cuenta va acoplándose al dinamismo y vértigo de un siglo que nos ha envejecido demasiado pronto.

'El torero'. Célbre lienzo de Roberto Domingo, propiedad del Estado, que se conserva en el Museo de Arte Moderno



# ROBERTO DOMINGO vió torear en París a Lagartijo

## Vino a España a pasar una temporada y ya lleva aquí cuarenta años

### RECUERDOS EN EL ESTUDIO

EN un ático cercano a Cibeles transcurren la mayor parte de las horas —horas de creación y recreación artística— de este formidable y celeberrimo pintor de toros que se llama Roberto Domingo. Es un estudio con pocos cuadros y muchos recuerdos tauínicos. Pocos cuadros, porque siempre están esparcidos los encargos. Por otra parte, esta es una buena época para los pintores. Se venden más obras que nunca. Y se venden a mejores precios que nunca. Sobre una silla está colocado un traje de torero.

—Este traje —nos explica Roberto Domingo— fué de Manolete y tiene su pequeña historia y todo. Con él fué cogido el diestro corrobés, por la ingle. Manolete, después del percance, no se

le quiso poner más y se lo regaló a Parrita. La primera y única vez que éste se lo puso resultó cogido también, y por el mismo sitio. Cuando yo me enteré de la coincidencia, mostré interés por el traje, y Parrita, después de consultar con Manolete, me lo regaló, con la taleguilla sin coser, tal como quedó después de la cornada.

—¿Y este estoque? —preguntamos, mientras examinamos uno que hay en la pared.

—Este es de Antoñito Bienvenida. Es el que llevaba cuando por primera vez, de novillero, dió el pase cambiado. Fué el 18 de septiembre de 1941, en Madrid.

UN ESPAÑOL DE PARIS

Roberto Domingo habla perfectamente el castellano, pero con una pronunciación en la que no advertimos ninguna característica regional. Por eso le decimos:

—¿De dónde es usted?

—Yo soy español; pero nací en París, hijo de padres españoles. Mi padre era pintor y gran aficionado a la fiesta. Como que fué el que a fuerza de tanto hablarme de toros hizo que yo, desde que cogí los pinceles, prefiriera este tema a ningún otro. Yo empecé a pintar asuntos tauínicos aun antes de haber visto ninguna corrida.

—¿Cuál fué la primera corrida que vió?

—La primera la vi en París. Eran los tiempos de la Exposición Universal. Torcaban Lagartijo y un torero galo llamado Félix Robert. Este resultó cogido, y Lagartijo tuvo que despachar toda la corrida. Aun se celebró otro festejo, y después las corridas fueron prohibidas terminantemente en París. Todo esto debió ser por el año 1903. Ya no volví a ver toros hasta que vine a España, en 1906.

TOROS EN FRANCIA Y EN ESPAÑA

—¿Cuál fué la causa de su viaje?

—Mi deseo de pintar toros. Mi padre, en vista de mi preferencia por el tema tauíno, me aconsejó que viniera a España una temporada, y la verdad es que todavía no he tenido tiempo de volver a residir en París, a pesar de que han pasado ya cerca de cuarenta años. Lo que sí he hecho es viajes rápidos para ver a mi familia, hasta que mi padre decidió también venirse aquí. Yo llegué a la capital de España en el año 1906, y entonces volví a ver a Lagartijo, y me acuerdo que componían con él el cartel: Piterito, un novillero que se llamaba Castilla y era de Valladolid, y Fernando el Gallo, padre de Rafael y Joséito.

—¿Le causó alguna impresión especial esta primera corrida en la capital del toreo?

—Sí. Una impresión decepcionante. La corrida que yo vi en

París tuvo mejor decoración natural. La de Madrid me desilusionó por completo. Se celebró en febrero, porque entonces se daban novillas en pleno invierno. Por la mañana estuvo nevando, y la fiesta se celebró bajo un cielo gris que la disimilaba por completo. Entonces me acordé de la otra corrida que yo había visto en París, a la luz de un cielo magnífico, con Montés de espada, y Carolina Otero, aquella belleza tan española, recibiendo el brindis del matador en medio de una ovación atronadora... A Montés, en quien tal vez podrían encontrarse los antecedentes del toro de Belmonte, que es, a su vez, quien evolucionó y revolucionó el toreo hasta permitir adquirir la forma que tiene hoy; le vi dar la alternativa en Madrid a Manuel Mejías, Bienvenida, alternando con Bomba y Conchito.

CORRIDAS REGIAS

—¿Queríamos en que su propósito, al venir a Madrid, era sólo pasar una breve temporada.

—Efectivamente; pero se iba a casar el rey y, a instancias de los familiares que aquí tenía, aunque no hacía falta que insistieran mucho, me quedé. Recuerdo que se celebraron dos corridas regias, la primera de ellas de convite. Yo asistí a la primera desde el palco de don Pedro Niembro. Se mataron diez toros por los diez espadas de más cartel, y estos mismos diez espadas volvieron a actuar en la segunda. Yo vine, como le he dicho, con la idea de pintar toros. Eso es lo que hice y eso es lo que hago. Naturalmente, desde ese año de 1906 he sido un espectador asiduo y he presenciado efemérides tanto gloriosas como trágicas.

LA MUERTE DE GRANERO

—Por ejemplo...

—He visto varias cogidas mortales. Las de Alcalareño, Gavira, Pascual Márquez, Miguel Freg... Pero como la de Granero, ninguna tan impresionante en su horror. El terrible espectáculo de aquel hombre, con la cabeza destrozada, troncado como un pelele, no se me olvidará jamás... La tarde en que he salido de la Plaza más satisfecho fué la de la despedida de Belmonte en Madrid. Le tocaron dos toros, uno bravo y otro manso, y en los dos estuvo magnífico. Alternaban con él Alfredo Corrochano, que dió, probablemente, su mejor día de toros, y Marcial Lalanda, que estuvo gris. Belmonte salió en hombros, apoteósicamente. Belmonte es el torero que más me ha apasionado, a pesar de que a mí, en conjunto, lo que más me cautiva es el arte en sí mismo. La gracia afiligranada que tenía Rafael el Gallo.

DE MANOLETE A ARRUZA

—Y ahora, ¿cuál es el torero por el que usted votaría?

—Antes de decirlo, quiero hacer la salvedad del ganado que se torea actualmente. Situados en esta época, para mí, Manolete es el primero. Y le digo esto, yo que soy más amigo de Arruza y que reconozco su mérito extraordinario. Pero opino que el toreo tiene una tradición, un classicismo, unas reglas, una escuela que hay que respetar. También quiero que diga que Arruza me parece el mejor bandrillero de todos los tiempos. Desde luego, es el público el que marca con sus preferencias los cauces de la fiesta. Hoy hay más espectadores que nunca, pero son menos entendidos que antes y se fijan menos en el toro. La prueba es que la mayor parte van a la Plaza sin saber de quién son los toros que van a lidiarse...



EL ARTISTA Y SU TIMIDEZ

—¿Nunca ha sentido deseos de abandonar su puesto de espectador para bajar al ruedo?

—Jamás. Y he asistido a infinidad de tientas y festivales. Pero me ha contenido un miedo insuperable. Concedo al torero un mérito ya

extraordinario por el hecho sólo de asistir a la Plaza, y de acuerdo con esto yo, en el tendido, jamás protesto. Aplaudo siempre.

—¿Dibuja usted en la Plaza?

—No. Soy muy tímido para eso. Me coacciona el espectador de al lado, la posibilidad de que se interese por lo que estoy haciendo. En esto me pasa lo contrario que a Marín, a quien no sólo le agradaba la curiosidad que sus apuntes despertaban, sino que su bloc pasaba de mano en mano por todo el tendido. Yo tengo una buena retentiva, y después, en casa, tranquilamente, reproduzco sobre la cartulina los momentos que han quedado fijos en mi retina. Dicen mis amigos que yo sé pintar de toros, pero que no entiendo una palabra como aficionado.



# EL PLANETA DE LOS TOROS

## TOROS EN ARANJUEZ

Por ANTONIO DIAZ CAÑABATE



Arruza, toreando por naturales en la corrida del pasado miércoles, en Aranjuez

LA Plaza de Toros de Aranjuez se construyó el año 1796. Su traza es muy parecida a la madrileña de la Puerta de Alcalá, la primera Plaza que tuvo Madrid, y, a pesar de las importantes restauraciones que ha sufrido a lo largo de los años, conserva belleza suficiente para cautivarnos. Para mí es la Plaza ideal de tamaño y estilo. No contiene ni un sólo adorno mudéjar. Es de una sobriedad perfecta y de una sencillez encantadora. Es una de las Plazas donde se ven los toros más a gusto, aunque los asientos no sean del todo cómodos. Pero en las Plazas de Toros lo únicamente de verdad incómodo es el público, aumentado ahora en tercio y quinto, con esta afición tan tlecidida que les ha entrado a las mujeres por los toros. ¡Señores, qué calamidad! Porque una mujer, hablando del pase natural, es algo que abruma. El otro día, en Aranjuez, me tocó una dama al lado que Dios la bendiga, pero que a mí me perdona las maldiciones que la eché. No paró de hablar en toda la tarde, y no sólo no conocía nada de toreo, sino ni siquiera a los toreros, pues confundía constantemente a Ortega con Arruza, y cuando su marido la sacaba de su error se enfurecía terriblemente.

—¿Pero me vas a decir a mí que ese que acaba de dar la media verónica no es Ortega? ¡Pero si no conoz-

co otra cosa; si fué vecino mío en la calle del Príncipe de Vergara, cuando a ti ni te conocía siquiera!

—Pues nada, se te despinta vestido de torero. Ese es Arruza.

Y entonces, en lugar de reconocer su equivocación, le decía bajito, pero no tanto que no lo oyéramos los que, por nuestra desgracia, no deábamos al matrimonio:

—Mira, Sebastián, no te doy con la botella de gaseosa en mitad de esa cabeza tan dura que tienes porque hay gente delante, pero ya me las pagarás todas juntas.

¡Y pensar que a ese marido le costó llevar a su mujercita a la corrida de Aranjuez alrededor de los cincuenta duros! Otros cincuenta hubiera dado yo porque se la dejara en casa.

La Plaza de Aranjuez no tiene patio de caballos, ni desolladero. Las mulillas arrastran al toro a la calle y allí lo meten en un vehículo. En esto también se parece a la madrileña de la Puerta de Alcalá. Los dos tiros de mulas salen al ruedo, y, como ya no hay cadáveres de caballos, las mulillas, ociosas, quedan de respeto al lado de la puerta de arrastre, a cuyo fondo el público se agolpa para contemplar lo que pueden del interior de la Plaza mientras dura la conducción del toro muerto, y ven el ruedo, y se enteran de cómo ha quedado el torero. Este es el verdadero tendido de los sastres, como ya tuve ocasión de explicar en otro artículo publicado en estas mismas páginas.

En la Plaza de Aranjuez no importa que la corrida sea mala. La Plaza nos ofrece recreo a los ojos y motivos placenteros a la imaginación. Con sólo ver el palco real, de fina línea y conseguida arquitectura, nos damos por contentos, y si hemos leído algo de historia nos figuramos en él a Fernando VIII, que lo frecuentó mucho.

A la Plaza de Aranjuez los taurinos la consideran bastante, por eso de que está a las puertas de Madrid, según su frase. Tiene dos fechas de gran abolengo: el 30 de mayo, San Fernando, y el 4 de septiembre, la feria. De las dos, la más sabrosa es la del 30 de mayo, porque hay fresa y espárragos en abundancia.

El 4 de septiembre, lo que abunda es polvo. No lo tomen ustedes a mal, el polvo es un elemento muy taurino; por esto, en San Sebastián y en Bilbao, los toros son insípidos. Aranjuez, el 4 de septiembre, rebosa de polvo y va o viene uno de los toros por sus calles, anchas y rectas, ennucladas de polvo, con el gznate seco, y entramos en todas las tabernas a beber lo que sea, y allí nos encontramos con las moscas. ¡Polvo, sol, moscas, una Plaza muy siglo XVIII, unos toreros muy siglo XX! ¡Qué más da que éstos queden bien o mal, si lo bueno es la Plaza y las moscas, y el sol y el polvo!

Los aficionados madrileños, en la Plaza de Aranjuez, son más tolerantes, porque lo miran todo un poco por encima del hombro, y cuando un torero está bien exclaman con suficiencia: "¡Para un pueblo no está mal!" Los aficionados madrileños son terribles: en cuanto salen de la capital se creen superaficionados, y de todo se sonríen compasivamente, y son los primeros que protestan del polvo y de las moscas, esos dos elementos que tanto carácter dan de autenticidad a la fiesta de toros.

Una tarde de toros en Aranjuez tiene siempre una magnífica compensación: el atardecer, acodado en el puente sobre el Tajo, mirando al Palacio y a los jardines. Las aguas del río están calmadas, sujetas en una presa. El bullicio taurino ha ido apagándose. De los jardines llega el silencio; del Palacio, la paz, y del cielo, la noche.



Pepe Luis Vázquez, en un muletazo con la derecha, en la misma corrida

Muy antiguo  
y muy moderno...

Un coñac de  
ayer para el  
gusto de hoy.



CONATE



1850

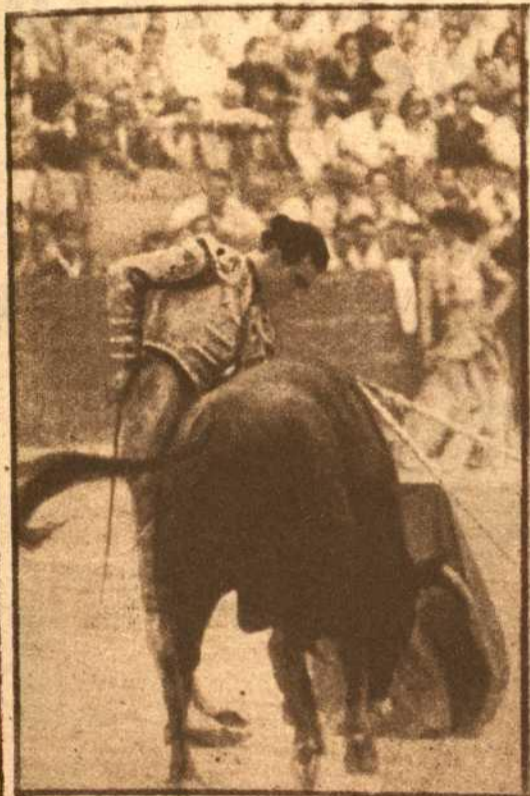
VALDESPINO  
JEREZ

### CADA COSA EN SU SITIO

En el número pasado de EL RUEDO, y en unas declaraciones hechas por la madre del torero Rafael Albaicín, se dice, por una tergiversación involuntaria, que su hijo se había hecho los trajes raros «para que se los copiaran». Como en el ánimo de la señora y en el del articulista, A. R. A., no estaba molestar a nadie, queda rectificado lo anteriormente expuesto, ya que, como queda dicho anteriormente, no estuvo en el ánimo de ninguno de los dos. Lo que nos complacemos en comunicar, a fin de que no pueda herir susceptibilidades, que están lejos del verdadero espíritu de la entrevista. Asimismo, se quiere hacer constar que lo relativo al «miedo de los calés» es una apreciación que está dicha con la gracia natural de quien sabe que los toreros gitano, que en el mundo han sido — y serán — han merecido, en una fiesta única y genial, esos momentos de la fúdic en que a lo pensado se le opone, por cualidad racial, lo espontáneo, que lleva el mar, chamo y la gracia única e inconfundible de «los forachos». Y así lo hacemos constar, a rasgos de la madre del popular torero.

## LA LINEA QUEBRADA

### UN SENTIDO DEPORTIVO DEL TOREO



Arruza en un soberbio paseo natural en la primera corrida de Feria de Murcia

Por JOSE MARIA DE COSSIO

La sorpresa mayor del público cuando se enfrentó con este torero fué ver que el torero que había llegado a hacerse en un ladrillo, como los pasos sin avance del chotis, necesitaba con el nuevo diestro toda la Plaza para que corriera, saltara, se quedara quieto, luciera sus facultades espléndidas y no diera importancia ni prosopopeya al valor. Esta alegría de torear, este desprecio, o, más bien, aparente ignorancia del riesgo, producía en el público una reacción de entusiasmo o de terror, y todo ello un respiro de la angustia implacable del canto hondo, sin caer en el otro canto ligero, pero también angustioso y grave, pese a sus arabescos, como nacido de la misma sensibilidad flamenca. Arruza es el torero más fuera de la tradición castiza que ha pisado el ruedo, y esa novedad creadora creo que ha sido motor esencial de sus triunfos.

Ahora bien: esto, ¿es malo o es bueno? Su acción en la evolución de la fiesta, ¿será beneficiosa o perjudicial? Preguntas peliagudas son éstas, a las que yo no me atrevería a responder. En principio, todo lo que sea injertar nuevos elementos en espectáculo siempre inclinado a la monotonía (por causa de los toreros, que no de los toros, siempre varios), creo que es beneficioso. Como lo es, sin duda, la condición de reactivo que puede operar sobre otros diestros; esta acción siempre es ventajosa, pues si lo interesante no es el toreo del mejicano (y en este caso lo es en grado máximo), lo será el resultante del estímulo que introduce, evidente y desasosegador.

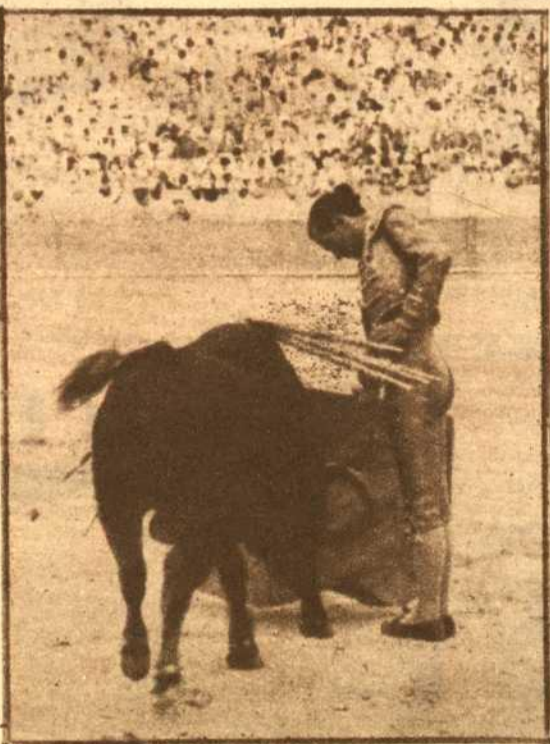
ES un hecho incuestionable el que Arruza, como suele decirse, «llega» al público, le conmueve y agita, y ante este hecho son perfectamente estériles todas las reflexiones que en nuestra tertulia y con nuestros amigos queramos suscitar. Creo que será más útil inquirir por cuáles razones lo que Arruza hace en la Plaza llega a exaltar el entusiasmo de los espectadores.

No seré yo el que se contente con la contestación simplista, y sin duda congruente, de que es el valor el que obra el milagro. Cierzo que éste es el ingrediente fundamental. Su entrega al toreo cada tarde, sin desfallecimiento ni consideración de lugar u ocasión, es resorte importantísimo de sus buenos éxitos; pero ha de pensarse que no es lo único que a ellos coopera, pues no han sido tan raros los toreros que han practicado y seguido la misma conducta sin resultado.

Creo que Arruza ha aportado al toreo algo nuevo, que acaso el público que le aplaude no ha definido aún, si bien algún revistero avisado ha sabido verlo e insinuarlo. Arruza ha aportado al toreo un sentido deportivo que hasta él no había hecho acto de presencia en los ruedos. La tradición del toreo español es solemne y ritual. Un torero necesita empaque; la responsabilidad de lo que va a hacer y el riesgo parece que han informado los ademanes, el gesto, el ritmo de los movimientos del torero. El toreo español parece hacerse al compás de un canto flamenco, y no es necesario descubrir lo que este canto tiene de rito y jerarquía. La gama de su variedad puede extenderse desde la profundidad trágica de una seguriya gitana (tal Belmonte o Manolete) hasta la alegría y el arabesco de la bulería (así Rafael el Gallo o Pepe Luis Vázquez). Pero en todo caso, su paralelismo habrá que buscarle en ese arte popular, serio y jerarquizado; con carácter, pero con raíces dramáticas universales.

Esta línea ha sido quebrada por Arruza. Arruza salta al ruedo como el futbolista salta al césped del juego: con la misma alegría intrascendente, con la misma opulencia de facultades, con la misma sobra de valor, con la misma confianza jocunda en el triunfo.

Yo debía unas palabras cordiales a Carlos Arruza, por razón de comunidad de origen y paisanaje y por amistad con los de su casta de tiempo muy anterior al en que él naciera. Mi comentario no puede ser más remoto en su tono y en su carácter, de los que puede suscitar entre aficionados, y no digamos entre «taurinos». Se equivoca quien crea ver en él una intención de puro elogio, más o menos mesurado. Yerra asimismo quien crea adivinar una segunda intención malévola en mis palabras. Jamás me aventuraré a dar en público un juicio valorativo de éste, ni de ningún torero.



Un magnífico manetazo con la derecha del diestro mejicano en las corridas de Murcia

## AVISO TAURINO

### LA AUTORIDAD SABE VELAR y DEFENDER los DERECHOS del PUBLICO Empresa, veterinarios y ganadero, multados

También los espectadores Ineducados

La Dirección General de Seguridad ha hecho pública la siguiente nota:

«Una falta de agilidad mental en la aplicación de preceptos reglamentarios por parte de los facultativos que dieron excesiva amplitud al concepto «desecho de tiente y cerrado y defectuosos», aplicable a los novillos de lidia; una evidente desconsideración hacia el público cometida por la Empresa y un inmoderado afán de lucro demostrado por el ganadero, que por su falta de escrúpulo hizo poco honor a su título de criador de reses de lidia; originaron el lamentable espectáculo de la corrida del domingo día 9 en esta capital, por lo que han sido amonestados los veterinarios y multados con diez mil pesetas la Empresa Nueva Plaza de Toros y con treinta y cinco mil, cantidad igual a la percibida por el ganado, los Herederos de Sánchez Coboleda.

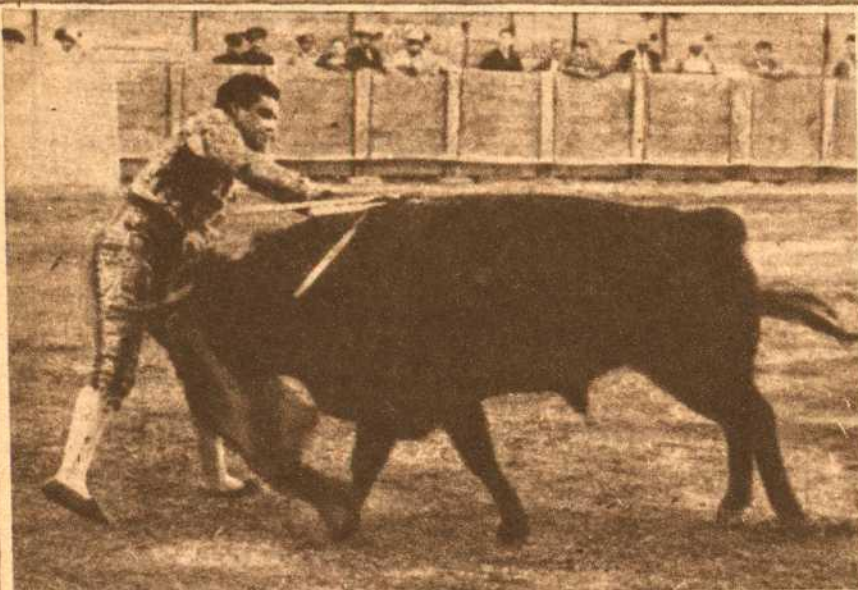
Ello, empero, no justifica la actitud de algunos espectadores que, rebasando los justos límites de la expresión de su desagrado, lo manifestaron de forma inadecuada y descompuesta, lanzando al ruedo objetos arrojados, por lo que fueron detenidos y serán objeto de sanción reglamentaria por tal actitud, impropia de la cultura de nuestro público e innecesaria, además, para excitar el celo que la autoridad pone siempre en defender los derechos de cada uno y el prestigio y decoro de nuestra fiesta nacional.»

## GANADERIAS PRESTIGIOSAS

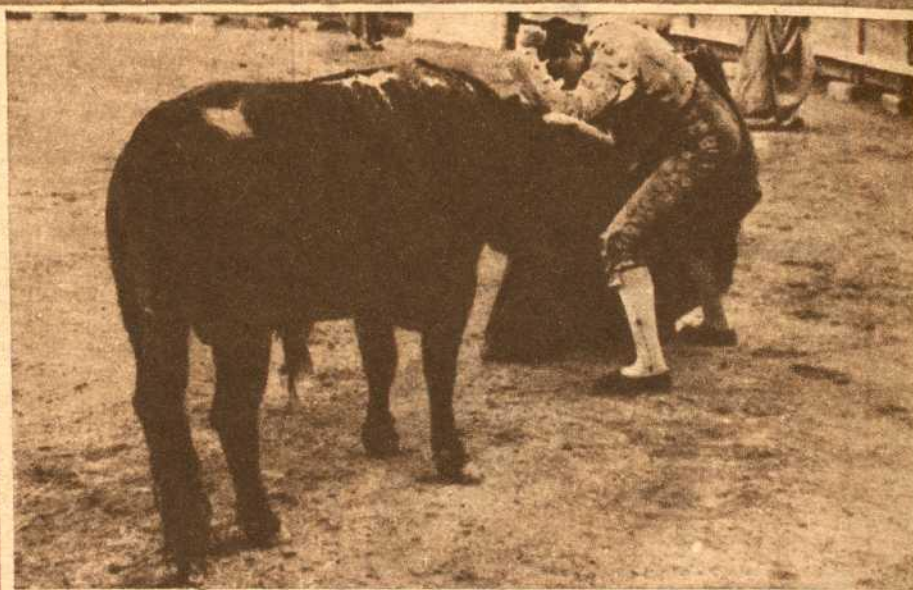


**EL DOMINGO, EN UTIEL**

**TOROS DE SANTOS PARA CURRO CARO,  
VALENCIA III Y EL CHONI**



Curro Caro entra a matar a su segundo toro



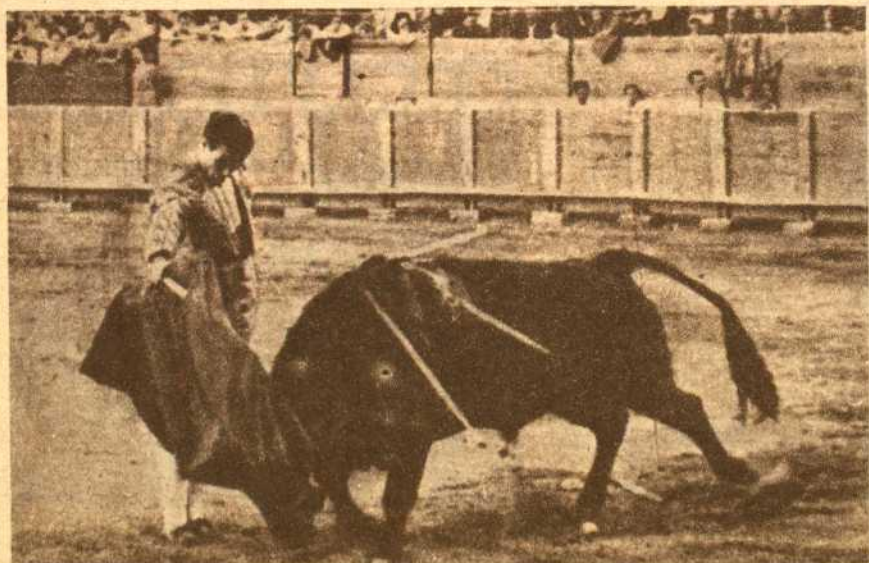
Curro Caro en un adorno a su segundo enemigo



Valencia III toreando al natural con la izquierda



Un pase en redondo con la derecha, de Valencia III



El Choni muleteando con la derecha (Fotos Vidal)

**ACEYTE YNGLES**



**PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!**  
C. S. 150



## ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

# 402 KILOS EN CANAL

ESA era exactamente la cifra que señaló la báscula de la Plaza de la Maestranza el día 27 de mayo de 1937, al pesar el toro con que tomó la alternativa el malogrado torero sevillano Pascual Márquez. Parece increíble y sin embargo es así. No está muy lejos la fecha y cualquiera de los que andan hoy en el tendido, al lado nuestro, puede haberlo visto con sus propios ojos, con sólo haber coincidido aquel día en la Plaza sevillana.

Pregúntenle, si es que no les basta a ustedes con la fotografía que encabeza estas líneas.

Fijense ustedes bien, grábenlo a fuego en la memoria, porque de eso sí que no va a haber más. Era un toro de Pablo Romero, y Pascual Márquez le supo echar aquel valor tan característico en él, y el bicho fué arrastrado por las mulillas sin las dos orejas. También esto es importante. Quizá más aún que el peso. Porque lo que sí puede ser posible es que por esos campos de España quede algún ejemplar que se le parezca. No es que lo aseguremos; pero pudiera dar la casualidad. Sin embargo, lo que no creemos posible es que a un ejemplar de este tamaño quede hoy un torero — así los anuncian — capaz de cortarle, no las dos orejas, sino ni siquiera una pequeña cerda del rabo. Conviene, pues, guardar la fotografía. El buen aficionado podrá enseñarla a sus nietos, si alguna vez hablan de la época del toro chico. Servirá para cubrir las apariencias y poder alardear de tama-

ño. Será algo, al menos, que se podrá oponer a esas tristes fotografías en las que los matadores se vuelcan, de cintura para arriba, sobre el lomo de un pobre animalito que corre tras el engaño de la muleta.

El domingo — no necesitamos remontarnos mucho en el ejemplo — hubo algo de esto en la Plaza de la capital de España. Seis becerritos, seis, saltaron al ruedo entre la más airada protesta del sufrido espectador. Sin embargo conviene recordar que era una novillada. Y esto no es disculpa. Pero si los matadores de toros lidian novillos, ¿me quieren ustedes decir qué les corresponde a los novilleros? Detestable es el espectáculo dado el domingo en la primera Plaza del mundo, pero mientras las figuras no hagan honor a su oficio de matadores de toros, en conciencia, nadie puede pedir al que empieza y cobra menos, por tanto, que se encierre con fieras mayores que las de los primeras categorías.

Y ya que no hay arreglo, brindamos al sufrido espectador una idea. Vivir del recuerdo, que en pudo alcanzarlo. Y aquel que no tuvo la dicha de ver UN TORO, recortar la foto, y los domingos echarla una ojeada antes de ir a la Plaza, en la Plaza y después de salir de la Plaza. Puede que eso le sirva de consuelo.

Y por último, desear ardentemente que UN TORO como la muestra no salga nunca más por los chiqueros de ninguna Plaza de España, porque entonces la Fiesta se habría terminado de una vez para siempre.

Por falta de matadores.

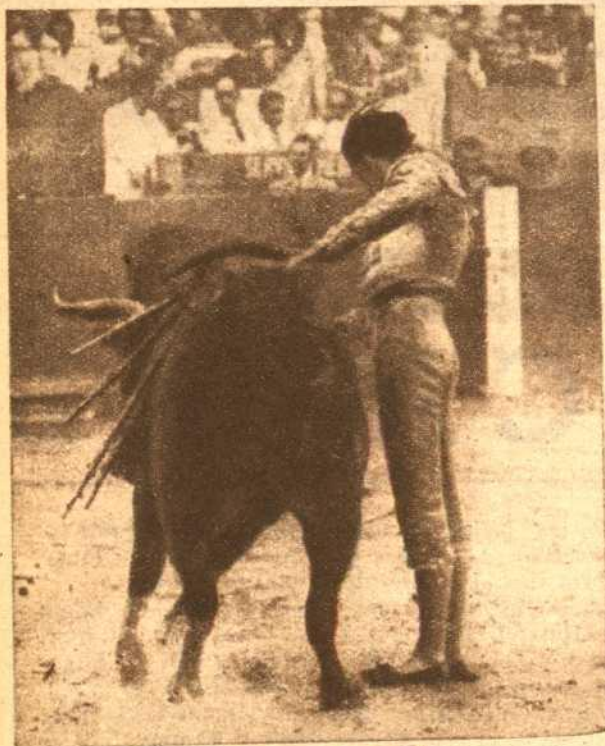


# LAS CORRIDAS DE LA FERIA DE MURCIA

## PRIMERA CORRIDA



Simao da Veiga después de clavar un par de banderillas



Manolete en un pase por ali-



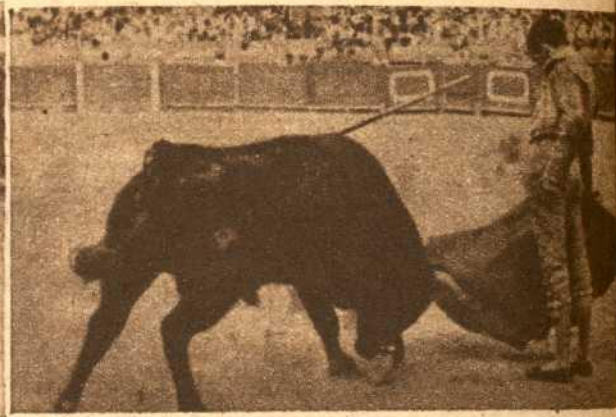
La cogida de Parrita. Arruza y los subalternos al quite



Carlos Arruza en su clásico adorno del teléfono



Un apretado derechazo del mejicano



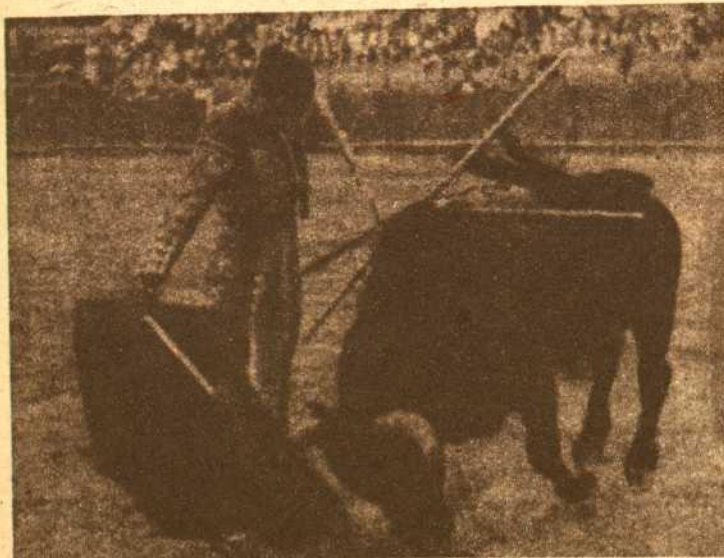
Un templado muletazo con la derecha, de Manolete



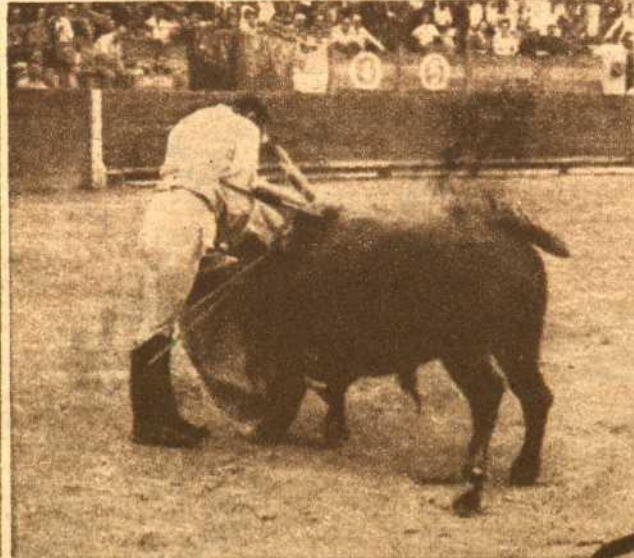
Un simpático cartel en honor de Arruza



Parrita toreando de muleta con la izquierda



Arruza en un ceñido muletazo con la derecha



Simao da Veiga, pie a tierra, torcando de capa



Un buen par de banderillas del mejicano

# TOROS DE DOMEQ Y MIURA, PARA SIMAO DA VEIGA, ALVARO DOMEQ, PEPE BIENVENIDA, MANOLETE, ARRUZA Y PARRITA

## SEGUNDA CORRIDA



Bienvenida toreando de muleta, sentado en una silla.



Bienvenida toreando al natural con la izquierda



Un buen natural de Manuel Rodríguez



Un magnífico lance del diestro cordobés



Arruza muleteando con la derecha



Un buen pase con la izquierda, del mejicano



Alvaro Domecq preparado para hacer el pase



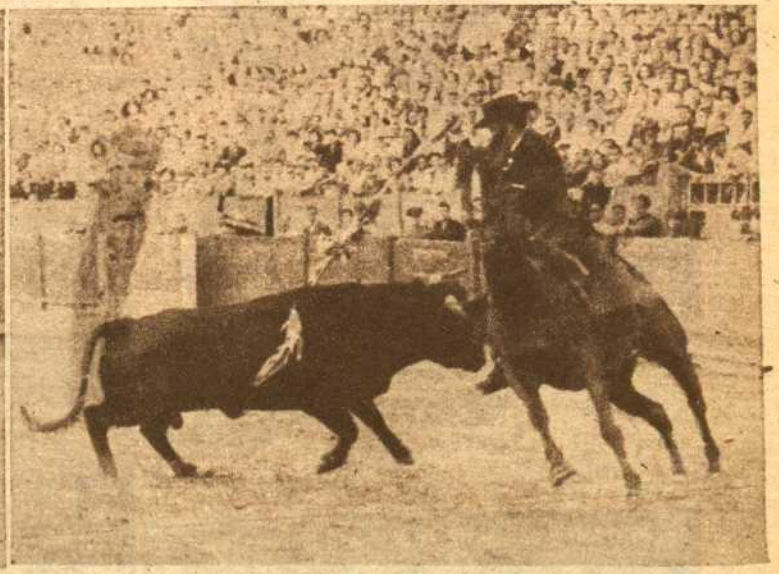
Domecq con las orejas y el rabo de su toro



Alvaro Domecq brindando a Manolete



Domecq en un magnífico pase de pecho



El caballero jerezano clavando un rejón en todo lo alto  
(Fotos Mari y López)

# FRANCISCO MURTEIRA CORREIA, nuevo rejoneador portugués, que viene a España para actuar en nuestras Plazas

**F**RANCISCO Murteira Correia ha llegado a España. Demasiado vencida la temporada de toros, pero impaciente, no pudiendo esperar más tiempo. Era meta de sus aficiones el presentarse en algunas provincias españolas y recibir la crítica de su arte en la capital: Madrid. Donde tantos se consagraron fenómenos y donde otros dejaron el sueño de mucho tiempo. Así viene de animado el caballero portugués, como primera figura. Rompiendo plaza y cabalgando en su fino Gallito, Murteira Correia lo tendremos junto al frente del paseo, con su indumentaria brillante, llena de adornos..., a la vieja usanza portuguesa, como antaño nos deslumbrara Ruy da Cámara, aquel gran jinete, y hoy los Simao da Veiga, los Nuncio... En porfía con los caballos, midiendo la arrancada y frenando la impetuosidad del novillo elegido para su arte. Así es como llega a nosotros, aunque tarde, el caballero Murteira Correia, camino de Barcelona, donde realizó su primera actuación en España. Esto es lo que soñó cuando andaba entre ganado bravo. Desafiando el miedo, con esa experiencia que proporcionan los pocos años.

Así es como se ha criado el caballero Murteira. En fincas y apartados. En una ganadería de gran renombre propiedad de su abuelo, conocidos los toros por los de la viuda de Soler.

## UN GRAN AFICIONADO EN PLENA JUVENTUD

Va con don Carlos, Gómez de Velasco. Murteira, arrogante, asombra por la talla y constitución. Fino, como su caballo Gallito, y ligero, como requiere el peligro de tan arriesgada profesión. Va en busca, pues se encuentran desembarcándolos en Barcelona, de sus tres caballos. Uno menos de los que tiene en propiedad, con los que piensa actuar en las corridas que tiene firmadas, de aquí a que concluya la temporada en España. Es personaje lleno de ilusiones. Con la ventaja de que sus años han de brindarle un campo largo a recorrer aún. Puede llegar a ser el heredero de los que hoy sostienen el pabellón portugués en el toreo a caballo.

Trae un aprendizaje de campo. Se ha formado en la lucida labor de acosar reses. En un trajín de permanencia sobre el caballo. Ahí sí que no caben secretos. Lo conoce a fondo, pues desde



El rejoneador portugués Francisco Murteira con su banderillero y mozo de estoques

niño, cuando él soñaba con este momento, auxiliaba al encierro en su propia ganadería. Y surgió lo inevitable.

Un día —contaba por entonces doce— le llovieron ofrecimientos.

—¿Cómo rejoneador?— preguntamos...

—Para becerradas. Y acepté el primero que llegó hasta mis manos. No dudé un instante, y mi primera actuación fué en burro. Así es como dieron comienzo mis actividades «caballísticas».

—¿Su primera actuación en serio?

—Hace de esto ocho años... si mal no recuerdo. Primeramente he actuado en calidad de aficionado cinco años y tres que he tomado la alternativa. Debuté hace diez en Reguengos.

La conversación con el caballero portugués es dificultosa. Es una mezcla de español y portugués lo que habla. Pero el interés

prete —en esta ocasión su apoderado, señor Gómez de Velasco— nos resuelve las dificultades que encontramos. El y yo.

## EL REJON DE MUERTE ES EL COMPLEMENTO

Muchos aficionados de ahora quizá desconozcan el toreo que se realiza por tierras portuguesas. Allí no está permitida la muerte del bicho. Y con esto se va a enfrentar el rejoneador portugués, que cuando le hablan de esos rejones ponía cierto reparo a intentar terminar con su enemigo.

—No lo concebía yo así, créame... Sentía escrúpulos y, por fin, me los hicieron vencer.

Esto último lo dice señalando a su apoderado.

—¿Y qué impresión sacó?

—Que es el complemento, dándole mayor emoción, coronando una faena que queda en mi país sin terminar. Aquí la fiera acaba. Con el engaño, pero con la exposición permanente del matador.

—Entonces, ¿desconocía por tanto, la fiesta como se practica en España?

—Hasta la corrida de San Sebastián, donde yo había de actuar, no vi la muerte del astado. Ese ha sido mi debut de sangre como espectador.

## GALLITO ES SU CABALLO FAVORITO

—Cuarteo solo. Es la estilización más perfecta...

—decía, refiriéndose a nuestra pregunta sobre los caballos.

—¿Por qué le bautizó con un apodo tan conocido?

—Por gitano que es. En la Plaza, solamente verlo a él entusiasma. Cuarteo, da cara al bicho, y en los quiebros no preciso casi ni mandarlo. Es algo que maravilla, y prueba que Domecq y Simao da Veiga quieren comprármelo. Es la revelación de 1945. Traigo dos más: Mari Alba y Buena Hora. Otra de las jacas la dejé en Évora, donde resido, y lugar de mis ocupaciones.

Opina que el público de España es muy enterado en materia de toros, a juzgar por lo que vió en San Sebastián. Con más pasión, dando a la fiesta el calor que requiere.

Y como casi todos los que vienen, tiene ilusión en Madrid. Puerta de los triunfos para otros puntos.

JOSE CARRASCO



Murteira montando a su jaca Mari Alba



El jinete portugués sobre Buena Hora



El rejoneador portugués con Gallito, su caballo favorito

NO SOY UN COSTILLARES, PERO TAMPOCO HE ESCUCHADO NINGUN AVISO

# AUGUSTO GOMES JUNIOR

## PRIMER MATADOR DE NOVILLOS DE PORTUGAL

En 1943 toreó en Pamplona y Tafalla, resultando cogido gravemente en esta última EN BREVE HARA SU PRESENTACION EN MADRID



Augusto Gomes Junior

breve hará su presentación en la Monumental de Madrid.

Entre complacido y un si es no es intrigado, acepto la inesperada coyuntura de trabar conocimiento con el primer torero de a pie surgido de los lares de Eça de Queiroz.

Y heme ya ante un hombre de gallardo continente, cejas negras pobladas, mirada penetrante, y, a las pocas palabras cruzadas, demostrador de ser propietario de una gran simpatía.

Nuestro colquio comienza por un encendido elogio tributado por la cortesía del torero del país hermano a EL RUEDO, que no hay que decir cuánto agradece el más humilde de sus colaboradores.

—Yo leo siempre EL RUEDO. Me hice suscriptor ante la odisea que en Portugal representa su adquisición. Aquellos que con mucho trabajo han conseguido reunir todos los números publicados por ustedes no quieren desprenderse de la colección, pese a las elevadas pujas que les ofrecen.

—¿Cómo derivó usted hacia el toreo? —pregunto, haciendo un quiebro a los elogios del entrevistado.

—Por un hecho francamente fortuito. Empleado, por entonces, de contable en una fábrica de harinas, acudí, con mis compañeros de trabajo, a una fiesta de campo en la ganadería de un amigo del jefe. Después de la comilona, nos soltaron unas vaquillas, a las que toreamos provistos de unas arpilleras. Con tanta soltura y facilidad me vi ante los astados, que decidí cambiar los derroteros de mi vida...

... Y se hizo usted torero profesional.

—No tan de prisa, mi amigo. En Portugal todavía se da mucha importancia a las evoluciones de los toreros. Allí se empieza, igual que aquí, por realizar el aprendizaje en plan de aficionado. Para pasar a banderillero profesional, grado siguiente en jerarquía, todo aspirante tiene que someterse a la prueba correspondiente.

—Oigamos en qué consiste tal examen—digo, cada vez más intrigado por el giro de la conversación.

—En la corrida designada al efecto, un Jurado, compuesto por tres banderilleros en activo, un rejoneador y un asesor delegado de Espectáculos, observa cuidadosamente la faena del neófito. Luego, en votación secreta, emiten su voto, y, en caso favorable, el torero consigue su propósito, o, por el contrario, le es denegado el permiso para actuar como peón de brega.

—¿Recuerda algunos pormenores de su examen?

—¡Cómo no! Recuerdo que Chiquelo y El Estudiante lidiaron en aquella corrida ganado de Joao Nuncio.

—Augusto silencio—dice el crítico lusitano— que, por su actuación en la brega y las banderillas, mereció por unanimidad el beneplácito de sus jueces.

—¿Duró mucho tiempo en el escalafón de subalternos?

—Hasta concluir la temporada de 1943. Durante cuatro años actué a las órdenes de cuantos toreros españoles y mejicanos desfilaron por mi país. Como nota de cierta notoriedad, puedo decir que salí a las órdenes de Arruza en sus primeras actuaciones en la Península. Y de aquella época podría referirle lances muy pintorescos.

—Que en otra ocasión procuraré no queden inéditos. Pero continuemos con su hoja de ser vicios. ¿Cuándo comenzó como cabeza de cuadrilla?

—El domingo de Pascua de 1943, inauguración de la temporada en la Plaza do Campo Pequeno. Joselito Moreno y yo toreamos cuatro novillos de Oliveira hermanos. Tuve la suerte de no defraudar la expectación levantada entre mis paisanos, y su entusiasmo les llevó hasta sacarme en hombros.

Sarachaga, hasta ahora abstraído con las volutas de humo de su inseparable veguero, coge a su poderdante el hilo del diálogo para recordar:

—El 27 de junio del mismo año, Augusto empuñó por primera vez el estoque...

—¿En Portugal?...—interrumpo muy extrañado.

—¡No, hombre! En Pamplona, en ocasión de cumplir su primer contrato en España. Juntamente con el Boni y Albaicín, lidió y mató novillos de Clairac. Estuvo soberbio en los dos primeros tercios, banderillando al cambio con un estilo magnífico, y a la temida hora de matar estuvo breve.

—De allí—prosigue Gomes Junior— fui a Tafalla con Julián Marín. Después de haber clavado cuatro pares a mi primer toro, cogí de nuevo los palos por complacer al público. Al salir de la suerte, el bicho, muy avisado, me alcanzó, propinándome una grave cornada de 20 centímetros. En Madrid, después de ser reconocido por el doctor Jiménez Guinea, salí en avión para Lisboa, donde estuve tres meses hospitalizado. Esta fue la causa de que perdiera todos los contratos pendientes.

Para que el torero pueda dar buena cuenta del helado que acaban de servirle, su apoderado le sustituye en la cháchara.

—El año pasado toreó 43 corridas en Portugal. La empresa de la Plaza de Madrid le firmó una corrida a celebrar en agosto. Y acabó la temporada sin cumplimentarse el contrato. Esta demora le ha ocasionado serios perjuicios a Augusto, al impedirle la notoriedad que sólo otorga la presentación en la Plaza de las Ventas.

—Y ¿cuándo tendrá lugar tan esperado momento?

—Si hacemos caso de la solemne afirmación del señor gerente de la empresa, Augusto debutará muy en breve; posiblemente, con ganado de su país.



Augusto Gomes con su apoderado, Ramón Sarachaga, y el periodista portugués Inacio Saraiva, en la Cibeles madrileña



El diestro portugués, con Ramón Sarachaga e Inacio Saraiva, en una céntrica terraza

F. M.





Joaquín Vila



Pepe Martín

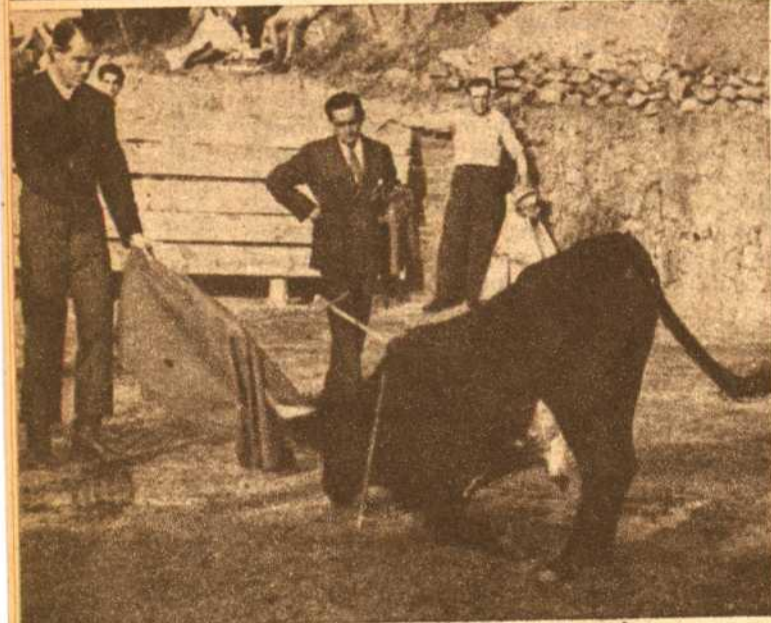


Duque de Pinohermoso



Domingo Domínguez

# FESTIVAL TAURINO EN PALAMÓS

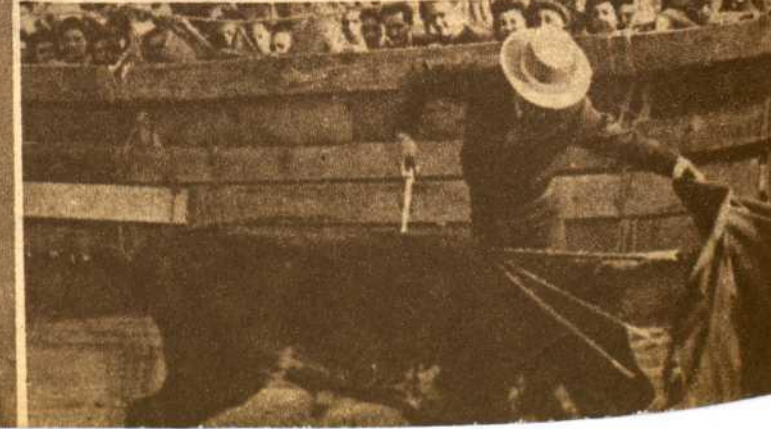
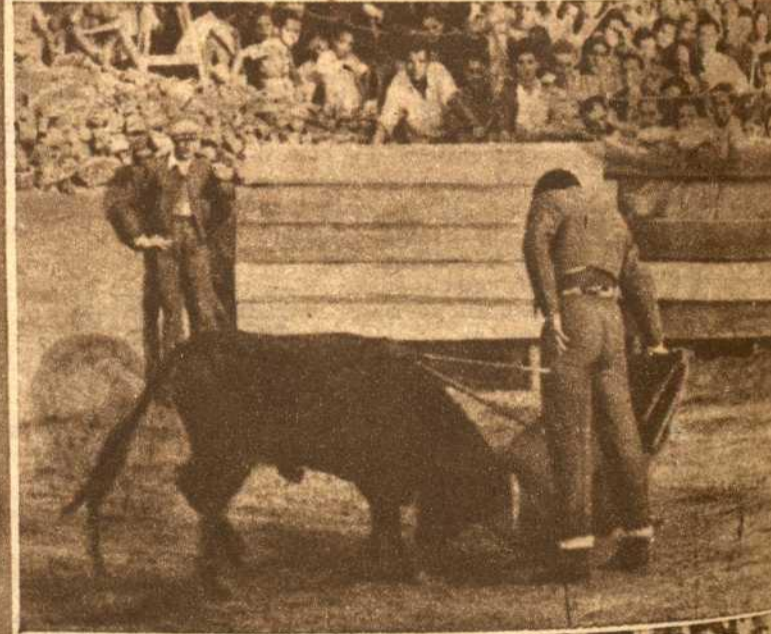


## DUQUE DE PINOHERMOSO, DOMINGO DOMINGUIN, PEPE MARTIN, JAOQUIN VILA, ALBERTO PUIG

La semana pasada, en la finca de don Alberto Puig, en Palamós, se celebró un festival taurino. En él tomaron parte destacadas figuras de la torería y aficionados. Tanto unos como otros, en sus actuaciones, lograron señalados triunfos, desarrollándose la fiesta en medio de la mayor alegría y entusiasmo. En las fotografías que publicamos en esta plana recogemos varios momentos del festival.

De arriba abajo, y de izquierda a derecha: Los «matadores» en un descanso comentan las incidencias de la «corrida». Pepe Martín, el gran aficionado, viendo morir a su «toro» de turno. El señor Puig dando la vuelta al ruedo en hombros de los matadores. Pastora Imperio, que fué una de las invitadas, con los señores Puig. Domingo Domínguez toreando de muleta, y el duque de Pinohermoso en su faena de tanda.

(Reportaje gráfico de Valls.)





Entregando la llave del chiquero  
(Dibujo de Enrique Segura)



Ejemplar de la ganadería de DON JUAN GUARDIOLA lidiado en esta corrida

El 9 de agosto de 1945 se abrieron rutas insospechadas en el toreo. Colaboraron por igual toros y toreros.

En esta corrida memorable, los toros de DON JUAN GUARDIOLA dieron ocasión a que los tres espadas salieran un sinnúmero de veces a recibir las ovaciones del público al centro del ruedo.

El azteca coloso ARRUZA dibujó a la maravilla sus faenas. Sus dos toros fueron arrastrados sin orejas, sin rabos y el segundo hasta sin patas.

El prodigio de afición que es PEPIN MARTIN VAZQUEZ vió arrastrar también a sus enemigos sin orejas y sin rabos.

PARRITA grabó en oro de ley su arte personal, recibiendo también los rabos y orejas de sus dos toros.

El mayoral de la Ganadería de DON JUAN GUARDIOLA salió de la PLAZA DE TOROS DE LA CORUÑA a hombros de los aficionados en unión de los tres maestros.



Los maestros ARRUZA, PEPIN MARTIN VAZQUEZ y PARRITA recibiendo juntos las ovaciones del público